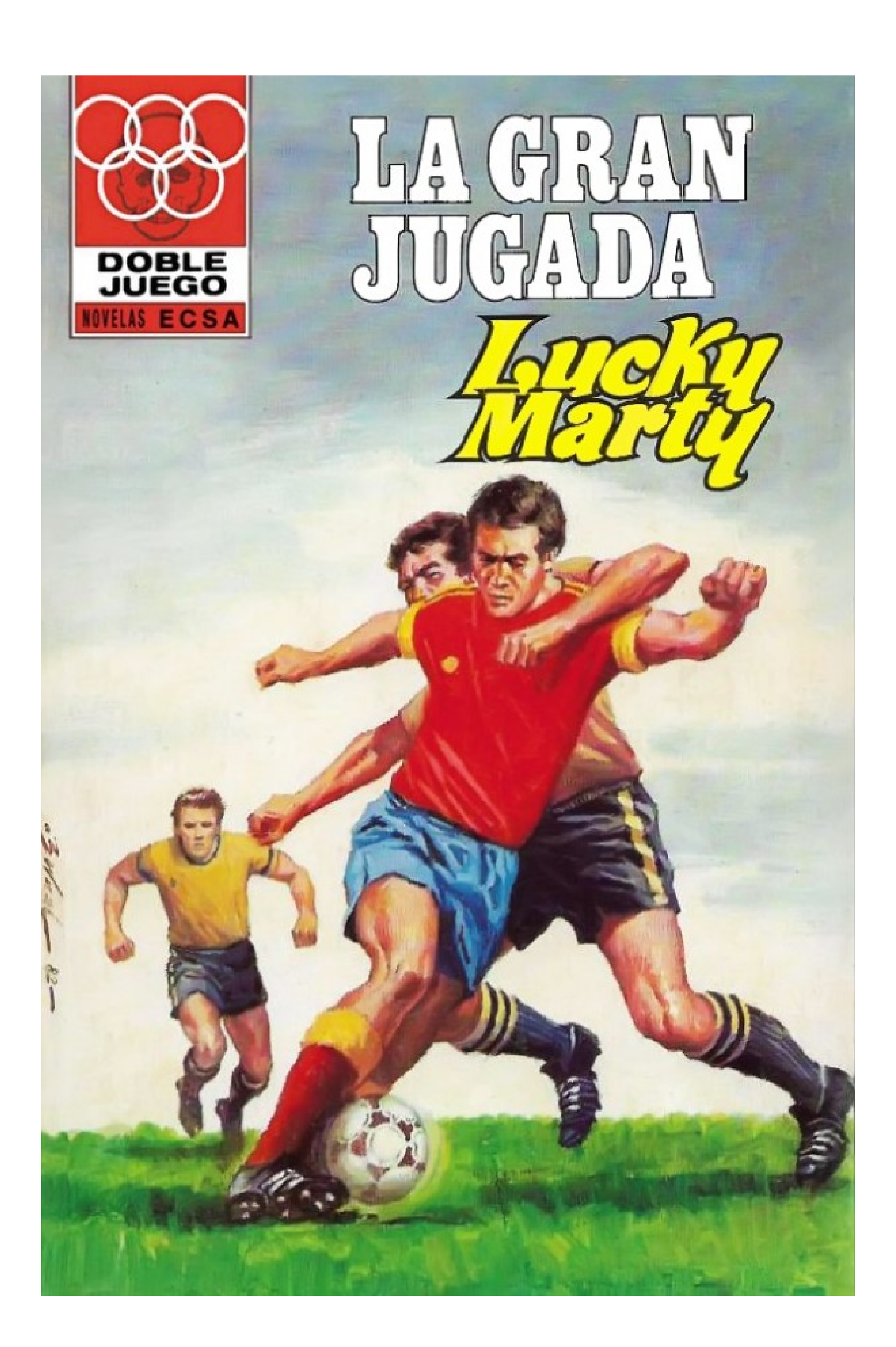
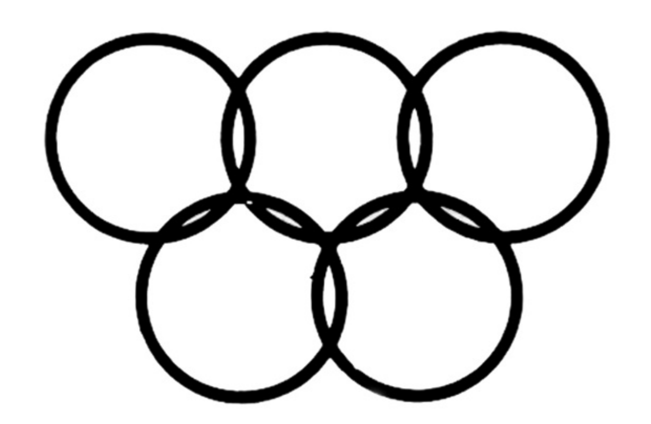


DOBLE JUEGO
NOVELAS ECSA
LA GRAN JUGADA
Lucky Marty



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

LA GRAN JUGADA

Colección
DOBLE JUEGO n.° 16
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 85-7518-043-5
Depósito legal B. 19.121-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1982
2.ª edición en América: enero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

El deporte viene a ser algo así como el
esperanto de todas las cosas.

Girándome

CAPÍTULO PRIMERO

El extremo derecho del F. C. Taormina impulsó el balón desde la línea del ángulo de córner, en jugada estudiada y dándole al esférico un efecto especial, para que fuese al mismo centro geométrico delante de la portería contraria.

Sabía que, precisamente allí, encontraría la cabeza del delantero centro, que remataría consiguiendo el gol.

Les hacía falta.

El C. F. Taormina estaba perdiendo por un rotundo dos a cero frente a los once leones del Caltanissetta, y estos, los muy brutos, ya les habían lesionado a dos jugadores: al defensa Mario, que no dejaba de cojear ostensiblemente, y al rápido Joseppe, el otro extremo que trabajosamente se mantenía en pie.

Y lo peor de todo era que aquella derrota sería en campo propio.

Si ocurría una catástrofe así, toda la población de Taormina se les echaría encima: incluyendo al entrenador y al presidente del equipo, claro está.

El balón describió en el aire una parábola perfecta, pero el delantero centro del Taormina no pudo rematar. En el instante de saltar para buscar con la cabeza el balón, dos defensas contrarios prácticamente le emparedaron, elevándose con él a la par que le empujaban y le asestaban sendos codazos.

La mayoría de los espectadores se pusieron en pie, gritando y reclamando airadamente aquel claro penalty: los tres jugadores habían descendido ya revueltos en confuso revoltijo, llevando la peor parte el delantero empujado, que fue bárbaramente pateado.

Pero el árbitro no pitó nada, empeñado en seguir la jugada, que continuó discurriendo por el otro lateral, hasta que los dos puntas de ataque del Caltanissetta recibieron el balón y, con los defensas del Taormina muy adelantados por también haberse lanzado al ataque, avanzar peligrosamente.

Cuando el libero del Taormina se vio solo ante los dos delanteros enemigos, no supo adónde acudir: a los dos delanteros

les bastó hacer una doble pared rápida y en profundidad para plantarse ante la portería contraria.

Antes de llegar al área de penalty, y ante la desesperada salida del portero, uno de ellos elevó hábilmente el esférico y el balón terminó su recorrido en el fondo de la red.

El rotundo cero a tres era ya un hecho.

Y no importó que la mitad de la población de Taormina, en las gradas del Campo Municipal, continuase gritando, bramando, lanzándole insultos al árbitro y no pocos de aquellos *tifosi* acordándose de sus antecesores.

Alarmados, los guardias municipales se pusieron a mirar con cierto recelo a la multitud embravecida. El griterío, los insultos y las blasfemias no cesaban, porque el marcador continuaba inamovible.

Un cero a tres como una casa: como una catedral de grande.

Aquella noche, no pocos habitantes de la siciliana población de Taormina, no cenarían. O se irían a sus camas muy irritados.

De momento, las discusiones en las gradas no cesaban, y aún aumentó el clamor de protestas cuando el silbato del árbitro sonó estridente: el juego debía detenerse para que dos camilleros retirasen del campo al delantero centro del C. F. Taormina, que se mostraba incapaz de ponerse en pie.

Luchio Adessio, entrenador del Taormina, sí que se puso en pie de un salto. Desde el banquillo no había dejado de gritar e intentar dirigir a sus muchachos, solo a cuatro puntos del Campeonato Provincial, pero que en aquel desastroso encuentro con sus rivales más próximos tendrían que cederles dos valiosísimos puntos en la tabla clasificatoria.

Luchio Adessio era hombre de unos cuarenta años, de vehemente temperamento como buen siciliano. Todo un rosario de palabrotas no cesaba de brotar de sus labios, pese a la garganta reseca de tanto gritar.

—¡Bestias! ¡Animales! ¡Eso no es jugar al fútbol, marranos!

Ni aún la presencia del federativo, en sus funciones de delegado de campo, le hizo callar.

—¡Es un atropello! ¡Presentaré una queja a la Federación Italiana de Fútbol!

El público, enardecido, no dejaba de abuchear al árbitro, que al parecer se mostraba impasible, aunque se quedó prudentemente en

el mismo centro geométrico del campo de juego, sobre cuyo raquítico Césped volaban no pocas almohadillas.

El masajista del Taormina había acudido junto al jugador lesionado con un botiquín de urgencia y la bolsa de agua «milagrosa». Pero en aquella ocasión el agua «milagrosa» no causó ningún efecto y el jugador tuvo que salir del campo en camilla.

Luchio Adessio se tiró de los pocos pelos que le quedaban y hasta se puso a patear en la banda, bramando en su cólera:

—¡Ya nos han lesionado a otro más!

Era consciente de que, reglamentariamente, ya solo le quedaba un cambio por efectuar. Uno de los reservas del equipo tendría que saltar al campo, para jugar aquellos treinta y cinco angustiosos minutos que faltaban aún para el final del partido.

—*Sarta Madonna…!* —se lamentó el entrenador—. ¿Pero a quién pongo?

Miró al banquillo y fue cuando los grandes ojos de Ugo Rocco quedaron clavados en sus pupilas, con una muda súplica. El nervioso Luchio Adessio estalló nuevamente agitando mucho los brazos:

—¡Bah! Tú solo eres un bruto y siempre has jugado de defensa.

—Me esforzaré, señor Adessio. ¡Pondré toda mi alma!

—Lo sé, Ugo… Pero no harás más que derribar contrarios y hasta nos puedes provocar un penalty. ¡Lo que nos faltaba!

—Puedo jugar de delantero, señor Adessio.

—¿Quién, tú? No me hagas reír, Ugo, por favor.

—Déjeme por una vez y se lo demostraré, señor Adessio.

Luchio Adessio nunca habría alineado a aquel mocetón de veinte años, de metro ochenta y cinco de estatura y cerca de noventa kilos de peso, en una delantera que precisara —al menos en aquella tarde — meter varios goles. Las pocas veces que Ugo había jugado con el equipo, siempre lo hizo como defensa de todo lo más, como medio. El veterano entrenador tenía metido en la cabeza que un joven con acuella corpulencia no tendría la agilidad necesaria para colarse entre los defensas contrarios en busca del gol.

Y sin embargo…

Aquel cero a tres le tenía tan encorajinado como desesperado, que en aquella tarde decidió:

—Al campo, Ugo. ¡Y a ver cómo te portas, chico!

—¿Ocupo el puesto de delantero centro, señor Adessio?

—Sí, hombre, sí… Nos lo acaban de lesionar y, al menos, estoy seguro de que con tus fuerzas de gigante nos lo vengarás. ¡Patéate a esos sucios defensas!

El árbitro volvió a hacer sonar el silbato.

El encuentro de fútbol había de reanudarse.

Ugo Rocco mostró su número de camiseta a uno de los liniers, alzó los pies para que también examinase los tacos de sus botas y luego cruzó medio campo en su carrera inicial.

Después del tercer tanto encajado, le tocaba sacar desde el centro del campo al nuevo delantero centro del Taormina.

Los ánimos seguían encrespados. Desde las atestadas gradas el griterío resultaba ensordecedor. El joven Ugo Rocco jamás había jugado ante tanto público y le pareció un monstruo con miles y miles de cabezas, dispuesto no solo a devorar a los once jugadores contrarios, sino también a los que representaban a sus colores, en el caso, más que probable, de perder definitivamente aquel partido.

Pero cuando el silbato del árbitro volvió a sonar, le dio un toque ligeramente al balón para enviarlo a uno de sus delanteros interiores.

El partido de la máxima rivalidad provincial se había reanudado.

Y Ugo Rocco se prometió a sí mismo que, o hacía todo lo posible para que ganasen los suyos, o moría reventado sobre el césped…

CAPÍTULO II

Inicialmente, Ugo Rocco se sintió como perdido en el terreno de juego. No acertaba a encontrar la posición en el eje de aquella tripleta central del ataque, porque realmente tal ataque no existía. A su derecha e izquierda los dos interiores apenas lograban pasar del centro del campo, al ser cortado de raíz todo amago o intención de llevar el balón al terreno de juego de los contrarios.

La incesante presión de los jugadores del Caltanissetta continuaba, llevando una y otra vez el peligro a la portería de los propietarios del campo.

El resultado de tal avalancha era que Ugo Rocco no lograba tocar el esférico: ni un solo balón llegaba a la zona que intentaba cubrir, en un incesante trotar arriba y abajo, a derecha e izquierda, fatigándose inútilmente.

El nuevo delantero centro del Taormina buscó ayuda mirando fijamente al banquillo, en espera de las indicaciones del entrenador.

¿Debía mantenerse en la punta de ataque, o bajar para ayudar a sus compañeros para achicar balones?

Pero el señor Adassio no le miraba a él: el entrenador estaba muy atento a los esfuerzos de la defensa y la línea media, que no lograban desembarazarse de la tenaz presión de sus contrarios.

De seguir las cosas así, no tardarían en marcar un cuarto tanto.

Ugo Rocco empezó a sentirse ridículo en aquella solitaria posición avanzada, en la que no lograba nada efectivo.

Incluso en dos ocasiones, en las que su defensa logró despejar fuerte y expeditivamente, si el balón llegó a su zona y corrió veloz hacia él, uno de los linieres alzó el banderín señalando su fuera de juego.

Aquello resultaba desesperante.

Pero Ugo Rocco no se atrevió a bajar para ayudar a sus compañeros, porque el entrenador le había recomendado al hacerle saltar al campo:

—No te muevas de tu puesto por nada del mundo.

—Así lo haré, señor Adessio —le había prometido a su vez.

—Y así que atrapes un balón… ¡corre como un tanque hacia la portería! ¡Aunque tengas que derribar a los defensas, o te derriben a ti, Ugo!

—Intentaré provocar un penalty, señor Adessio.

—Intenta lo que sea, pero mete goles, Ugo… ¡Mételos!

Lo malo es que no le llegaba ni un balón. ¿Qué podía hacer?

Primero tímidamente, Ugo Rocco fue poco a poco retrasándose en su posición de delantero centro, ansiando intervenir en las jugadas y poder «robar» un balón. No quería seguir deambulando por aquella zona como un fantoche, sin la menor posibilidad.

Bajó hasta su línea media, poniéndose a acosar a los jugadores contrarios, que se pasaban el esférico con técnica y suma tranquilidad, preparando sus veloces ataques, aquellas filtraciones por las alas que terminaban en remates fulgurantes.

Aquella labor era aún más desesperante. Y no solo porque resultaba doblemente fatigosa, al tener que correr y acosar más, sino porque una y otra vez se veía driblado, al no ser secundado por los suyos, obsesionados con la defensa y replegados en torno a su acosada portería.

Una de las veces que quedó vergonzosamente sentado sobre el césped ante el hábil quiebro del que se llevó el balón, Ugo Rocco pudo escuchar que le ordenaban desde el banquillo:

—¡A tu puesto, estúpido! ¡A tu puesto!

Ugo Rocco se levantó con la desagradable sensación de que estaba fracasando. Su malhumorado entrenador tenía razón: él nunca sería un buen futbolista, por más empeño que pusiera. Y no importaba que le sobraran facultades físicas: posiblemente le sobraba peso y le faltaba habilidad.

También fue consciente de que la mitad de los habitantes de Taormina se habían dado cita allí aquella tarde, dado que aquellos dos puntos en litigio podían significar el campeonato provincial. Hasta habían venido periodistas deportivos de Catania, así como entrenadores de otros equipos en busca de posibles fichajes para la próxima temporada.

Desde muy niño, Ugo no había tenido más que un sueño: llegar a internacional, representar a la Escuadra Azurra de Italia en un Campeonato del Mundo, en el que su patria fuese la vencedora.

En un país como el suyo, los muchachitos de su clase solo podían esperar a la riqueza y a la gloría mediante el fútbol. En Italia no había corridas de toros, como en España. Ugo Rocco tampoco se consideraba con facultades para aspirar a ser un actor cinematográfico de talla internacional: él siempre había trabajado en el campo, en la pequeña granja que sus padres tenían en las afueras de la ciudad de Taormina.

Tampoco había podido estudiar, salvo los cuatro años de la Escuela Municipal. A los doce se tuvo que poner a cuidar vacas, cerdos y gallinas, amén de las otras muchas tareas de la granja. Pero siempre había sido muy fuerte y alto para su edad. Cuando empezó a darle las primeras patadas a las piedras o los botes vacíos que encontraba a su paso, ya lo hizo soñando con un balón. Con una simple pelota de trapos era capaz de estar jugando durante horas, chutando contra las rústicas paredes de piedra de su casa, hasta que la ronca voz de su padre le llamaba para cenar.

Se sentaba a la mesa sudando y su buena madre también le reñía. Pero a él solo le gustaba hablar de fútbol y, nada más terminar la cena, corría hacia el aparato de radio para enterarse cómo iba la liga y a cuántos puntos estaba el Catania del Milán, la Roma o la Florentina.

Él era siciliano y a mucha honra. En conjunto, le gustaba que Italia quedase por encima de las otras naciones; pero en lo tocante a lo local, prefería que ganase el modesto Catania al Nápoles o al poderoso Inter de Milán o al Juventus.

Sus rodillas siempre estaban llenas de mataduras y heridas. Era natural, porque los golfillos de su edad tenían que jugar los partidos en descampados sin hierba, llenos de piedras y cascotes que ellos mismos debían quitar. A veces, se enfrentaban también con los chiquillos de las barriadas extremas de Taormina, en las calles mal empedradas y donde las porterías eran marcadas con los montones de las chaquetas y los jerséis medio andrajosos de los propios participantes.

Frecuentemente, las discusiones terminaban a mamporro limpio.

Era preciso determinar, a ojo de buen cubero, si la pelota de trapo había ido alta o bien había penetrado en la hipotética portería. Lo mismo pasaba con los laterales; ¿había pasado por dentro o por fuera de lo que suponían eran los postes?

Los lanzamientos de penaltys se medían por pasos. Pero había frescos que los daban muy cortijos partiendo de lo que debía ser la línea de gol, y entonces el portero rival no tenía ni la menor posibilidad.

¡No, señor! Eso era trampa: se debían medir con la zancada debida.

¿Pero cuál era la zancada debida?

Otro problema: generalmente jugaban sin árbitro y en cada partido menudeaba la disparidad de criterio de los jugadores, dependiendo todo del bando a que se pertenecía. Y otra cosa: los mirones no podían opinar si uno, llevando la pelota en su avance, se había salido fuera de banda o no.

En último término, lo que realmente importaba allí era jugar, dar patadas a una cosa que rodase, meter golpes como fuese, aunque se tuviese que meter al contrario más allá de la línea marcada de gol.

Así las cosas, no era extraño que el tanteo llegase a 12 o 15. ¡Y hasta a veinte o treinta!

Cuando empezaba a oscurecer y cada uno debía correr hacia su casa, se terminaba el partido y en paz: o bien se acordaba que continuaría al otro día, ¿por qué no?

Pero allí todos se divertían: todos desahogaban sus fuerzas juveniles; todos se formaban y endurecían con el ejercicio al aire libre; todos aspiraban a ser auténticos futbolistas.

¡Todos soñaban!

Como ahora soñaba Ugo Rocco con meter un gol.

Aunque fuese un tanto tan solo, para quedar bien ante su irritado entrenador y que le aplaudieran todos.

Todos...

CAPÍTULO III

Aunque Luchio Adessio no le alineaba con mucha frecuencia, Ugo Rocco quería a su equipo. El C. F. Taormina militaba en la categoría de primera regional y había luchado toda la temporada para ascender de categoría, para lo que debía ganar el Campeonato Provincial.

Por las trazas, las cosas no estaban muy claras: aquel rotundo cero a tres que campeaba en el marcador parecía anunciar que tendrían que esperar otro año más el ascenso.

¡Mala suerte!

Pero si Ugo Rocco amaba a su equipo, lo que realmente le importaba era triunfar él individualmente.

Tenía que conseguirlo y para ello era preciso jugar bien.

¡Era vital para él!

Secretamente, Ugo Rocco aspiraba a que equipos de mayor categoría se fijaran en él y le ficharan, aunque solo fuese por una temporada y no por mucho dinero. Naturalmente, también le importaba el dinero, pero calculaba que una vez conseguido lo primero los miles de liras vendrían por añadidura.

Porque, además, a Ugo Rocco le urgía alejarse de Taormina, aunque tuviese que dejar la granja de sus padres: más disgusto sería tener que confesarles lo que le había pasado con Nuccia, precisamente la hija de Luchio Adassio, el entrenador de su equipo.

No hacía mucho que Nuccia le había anunciado que estaba embarazaos.

«¡Vamos a tener un hijo!», le había gritado.

Ugo Rocco vivía como asustado. Tan solo había cumplido los veinte años y no quería responsabilizarse con cosas tan serias. Por otra parte, le aterraba la idea de tener que casarse con una muchacha como Nuccia Adessio.

No es que Nuccia no le gustase, y hasta con desespero carnal. La hija del entrenador era muy capaz de volver loco al hombre más cabal, pero en la cama, cuando se revolcaba con ella y sentía las

delicias de los orgasmos, que ella sabía hacer consecutivos, repetidos hasta la extenuación física.

Pero no la amaba. Solo la deseaba, pero no hasta el punto de convertirla en su mujer para siempre: en la adorada esposa con la que compartir el resto de su vida.

La palabra «para siempre» también asustaba a Ugo Rocco.

En todo caso, si se tratase de la joven y dulce Rossina...

Y además, ese hijo que esperaba Nuccia, también podía ser de otro. Por ejemplo, Niño Manfredi la cortejó y salió una temporada con ella. Y también Lalo, y Giuseppe, y Curzio... ¡Y otros!

Precisamente él corrió a sus sugestivos brazos porque oyó a sus amigos hablar mucho de la fogosa Nuccia: que si era una mujer ciclón, que si se trataba de una auténtica «devoradora de hombres», que si se movía muy bien en la cama, que si sus generosas caderas parecían un mapamundi, que si su lengua era un ventilador de mil voltios, que si era «redonda» y lo mismo podías utilizar por delante que por detrás...

¿Cuántas cosas más se decían de la apasionada Nuccia Adessio?

Una cosa sí era cierta: lo de «redonda» sí que lo había comprobado Ugo Rocco.

Pero aquello de que el hijo que esperaba Nuccia fuese de él... había mucho que discutir.

La amenaza existía, por supuesto. Nuccia le había amenazado con decírselo a su padre si Ugo no respondía «como todo un hombre». En realidad, él no se sentía aún «todo un hombre», pero sí tenía al gran disgusto que les daría también a sus padres.

Sobre todo, después de lo que les había sucedido con su hermana Tonina...

Un escándalo más en la familia y quedarían hundidos para siempre.

Sí, por todo esto, el pobre Ugo Rocco vivía últimamente como asustado. Y con unos deseos locos de alejarse de Taormina: aunque no fuese fichado por otro equipo como futbolista.

Se iría hasta de barrendero.

Pero lo malo es que no tenía una sola lira...

* * *

De pronto, harto ya de fatigarse por el campo corriendo de un sitio a otro, Ugo Rocco escuchó la voz de su portero que le indicó al sacar lanzando el balón hacia él:

—Ahí va, Ugo… ¡Es tuya!

¡Diablos! ¿Por qué precisamente a él, si en aquel partido no jugaba como defensa y sí como suplente del delantero centro lesionado? El bestia de Marceño bien había podido ofrecer el balón por la otra banda al defensa izquierdo. Ugo Rocco tuvo que correr hacia atrás a todo gas, para evitar que uno de los delanteros contrarios llegase antes y chutase a puerta.

Lo consiguió con un hábil quiebro y lanzó el esférico hacia adelante, realizando un autopase que le permitió, una vez salvado el peligro, seguir avanzando hacia su línea media para soltar allí el balón.

Si no llegó a realizar el pase esperado fue porque ninguno de sus compañeros, también rezagados y muy marcados, ocupaba una posición ideal. Así que Ugo continuó avanzando con el balón, pasó el centro del campo y, animándose en su larga jugada, decidió seguir profundizando.

Un veloz regate, dos y aún un tercero que le salió de milagro, le permitieron seguir con el balón, que parecía como atraído por un misterioso imán a sus botas. Así llegó al área grande contraria, donde nuevamente tuvo que driblar y regatear con asombroso acierto, jaleado ya por miles de espectadores que le animaban a gritos levantados de sus asientos.

Ugo Rocco apretó puños y dientes y continuó con su larga y vertiginosa carrera, deseando que en aquellos metros finales no le fallasen las piernas. El corazón le latía en el pecho a muchas pulsaciones y fugazmente pudo darse cuenta de que, si salvaba también la entrada del defensa central, quedaría muy escorado hacia la izquierda para que su tiro a puerta resultase certero.

Lo intentó y también le salió bien el regate.

Aunque burlado el defensa, ahora corría hacia él el portero, dispuesto a arrojarse a sus pues para arrebatarle el balón, evitando el gol.

Todo el campo hervía de emoción y Ugo Rocco se sintió contagiado de aquel entusiasmo y fue eso lo que le dio fuerzas para lanzar el balón con potente disparo, segundos antes de que el

portero rival se abrazase a sus piernas.

Un «¡HUYYYYYYY…!» grandioso cantado por miles de bocas hizo retemblar el graderío, cuando el balón se estrelló en la parte superior de la portería.

Pero al instante todo volvió al excitante suspenso y con más sonoridad se repitió el canto de «¡GOL! ¡GOL! ¡GOL!», cuando presenciaron una jugada increíble: tras el rechazo del balón y aunque aferrado por las piernas por el portero, aquel joven delantero centro había conseguido conectar un formidable y acertado cabezazo al esférico, que como un obús fue a parar al fondo de las mallas.

Aquel gol increíble siguió cantándose en los grádenos.

—¡GOOOOooool!

—¡Gol!

—¡Magnifico!

—¡Formidable!

Las palmas echaban humo cuando el feliz y sonriente Ugo Rocco se puso en pie, escuchando que el portero batido se ponía a acusarse al soltarle los pies:

—¡Penalty! ¡Le hice penalty antes! ¡Ha sido penalty!

El árbitro concedió el gol por aquello de la «ley de la ventaja», corriendo a su puesto de delantero centro Ugo Rocco, que apenas conseguía que sus entusiasmados compañeros no se lanzasen sobre él, para felicitarle.

El juego se reanudó.

Pero ahora parecía que un nuevo factor empezaba a contar en aquel partido tan reñido.

El entusiasmo redoblado; la posibilidad —aunque remota— de volver a marcar e igualar la contienda, si todos los componentes del C. F. Taormina se ponían a sudar bien la camiseta, atacando y olvidándose de defenderse y, sobre todo, facilitándole pases al genial jugador que había sido capaz, después de cruzar prácticamente todo el campo, de electrizarles con aquel gol oportuno y soberbio.

Ugo mismo empezó a sentirse como pez en el agua. Ya no se sentía ridículo en aquel puesto de delantero centro, porque los balones le llegaban y podía iniciar sus jugadas con fuerza y brío. El mismo descubrió que tenía un regate en seco, que podía revolverse

en un solo palmo de terreno, y que le sobraba valentía y fuelle para soportar las tremendas tarascadas de aquellos contrarios que, ansiando conservar el excelente resultado para ellos, se habían replegado en un «cerrojo» tan total como continuado.

Un segundo gol también conseguido por Ugo Rocco, tras rematar de bolea un centro medido de su interior derecha, aún les puso más nerviosos.

Las gradas se vinieron abajo.

El nuevo tanto se estuvo cantando durante minutos, contagiando hasta los más modosos.

Ahora sí que el Taormina podía empatar.

«¿Y por qué no ganar?», opinaron muchos.

En algún lugar, dos *tifossi* se liaron a bofetadas. Los guardias municipales tuvieron que intervenir para que un exaltado hincha del Caltanissetta no terminase en la enfermería.

—¡Al cementerio le enviaba yo! —amenazó su agresor.

El juego continuaba desarrollándose a velocidad de vértigo. Ya faltaban pocos minutos y los veintidós jugadores echaban toda la carne en el asador. Las entradas fuertes y las faltas que tenía que pitar el árbitro también empezaron a menudear. En una de ellas, lanzada contra la portería del Taormina, Ugo Rocco había bajado a defender y consiguió parar la marcha del balón con el pecho al saltar muy alto: el esférico quedó casi muerto y descendió a sus pies, que lo empezaron a empujar en vertiginosa carrera que nuevamente inició desde su línea de defensa.

Jaleándole al sortear a dos contrarios y desbordar a un tercero por velocidad y coraje, el público empezó a pedir, como si aquello fuese lo normal en un futbolista:

—¡Otra vez! ¡Otra vez la gran jugada!

—¡Sigue! ¡Sigue, valiente!

Ugo Rocco se creció sin dejar de correr por la banda, lanzado como una flecha hacia la portería contraria. Sus compañeros intentaban seguirle para quedar en posición de rematar cuando él centrase casi desde el banderín de córner, pero quedaron rezagados.

Ninguno de ellos tenía la misma fuerza y rapidez en sus piernas, como estaba demostrando Ugo Rocco.

La jugada parecía pedida irremisiblemente cuando, dueño del balón aún, Ugo Rocco vislumbró que nadie podía rematar su centro.

Eso le hizo volver sobre sus pasos, caracolear ante uno de los defensas, lanzar el cuero hacia arriba salvando su barrera con aquel auto-pase, que el mismo delantero recogió para continuar en perpendicular hacia el área de penalty.

Nuevamente le salió al encuentro el portero, aunque aquella vez Ugo Rocco le regateó. Y entonces, algo chulescamente, vuelto hacia los suyos que seguían corriendo hacia él, taconeó el balón de espaldas a la portería.

Aquel gol fue el delirio.

Algo digno de un Pelé, o de un Cruiff, o de un DiStéfano en sus mejores tiempos.

Y además, representando la igualada. El empate del disputado partido.

—¡Gol! ¡Gol! ¡Goooool...!

Nuevamente las palmas echaban numo y chispas. El gentío se desgañitaba mirando nervosamente el reloj, unos conformándose con el empate que les permitiría alcanzar el Campeonato Provincial de vencer fuera de casa el siguiente domingo, y otros ansiando rematar el triunfo con un gol más.

Un nuevo gol de aquel fenómeno, que aquella misma tarde se había descubierto y había resuelto la contienda con tres maravillosos golazos.

Un joven que se llamaba Ugo Rocco, como todo el mundo empezó a enterarse.

CAPÍTULO IV

El partido terminó con enmate a tres tantos, aunque en los últimos minutos el Taormina bien pudo volver a marcar, a raíz de una habilidosa jugada que también partió de las botas de Ugo Rocco.

Su centro medido a la cabeza de su extremo derecho, tuvo que ser interceptado por la mano de uno de los defensas, que prefirió la falta máxima a un nuevo gol seguro.

El penalty se lanzó, pero el portero del Caltanissetta tuvo la vista y la felina agilidad para abrazarse al esférico antes que se colase como una bala de cañón por la escuadra izquierda.

Dos minutos después, el árbitro pitó el final.

La ovación fue de gala y los felices triunfadores tuvieron que saludar desde el centro del campo antes de retirarse a la caseta, aplaudiendo a su vez al público que no dejaba de aclamarles, sobresaliendo un hombre que llegó a hacerse unánime:

—¡Rocco! ¡Rocco! ¡Rocco:

—¡Rocco! ¡Rocco! ¡Rocco!

El joven suplente del lesionado delantero centro se emocionó profundamente, siendo incapaz de contener las lágrimas. Forzando media sonrisa aguantó cómo pudo la tremenda ovación, que no terminó ni aun después de desaparecer tras sus compañeros bajo el túnel que les llevaba a los vestuarios y las duchas.

En el largo pasillo ya les esperaban el masajista y el entrenador. Luchio Adessio quedó algo confuso cuando uno de los periodistas preguntó, acercando el micrófono de la emisora local a Ugo:

—Dígame, Rocco... ¿Por qué no le alineaba con más frecuencia su entrenador?

Por un instante, Ugo volvió los ojos hacia Luchio Adessio para nuevamente mirar al periodista al tartamudear:

—No... no lo sé. Yo... yo...

—Ha jugado usted muy bien. ¡Muy bien, Rocco!

—Gra... gracias. Hice lo que pude.

—¡Bastante más que eso, amigo! ¡Ha metido tres goles como tres soles!

—Fue... fue cosa de suerte. Mis compañeros me secundaron y yo...

—¿Suerte? Dos de ellos han sido colosales, arrancando las dos veces desde su línea de defensa. ¡A eso le llamo yo una gran jugada!

Adelantándose hacia el micrófono que sostenía el periodista, Luchio Adessio quiso intervenir al mentir:

—Fueron jugadas estudiadas, amigo Alex.

—¿Es eso cierto, Rocco?

—Pues... sí... sí.

—¡Claro que es cierto! —volvió a asegurar con todo su aplomo el entrenador—. Rocco mismo lo ha dicho: las estudiamos en la pizarra.

Un instante después, tras el acoso de otros periodistas y fotógrafos, el entrenador se excusó:

—A la ducha, muchachos... ¡No debe quedar frío ese sudor en los cuerpos!

Ya en los vestuarios, nuevas felicitaciones de los suplentes, el mismo delantero centro lesionado, abrazos, palmetazos en las espaldas y toda suerte de sonrisas y felices comentarios. Como de costumbre, el que más hablaba y felicitaba era el vehemente entrenador Luchio Adessio, quien en su desbordado entusiasmo no dejaba de abrazar, y hasta besar a veces, «a sus valientes muchachos».

—¿Dónde está ese fenómeno? —indagó de pronto.

—Rocco está terminando de ducharse —informó uno.

Aunque vestido, Luchio Adessio casi se precipitó en la ducha, reculando al salir el joven jugador, que le escuchó comentar jovial y festivo:

—¡Caray, chico! Con todo eso que calzas ya podrás dejar bien satisfechas a las mujeres, ¿eh, bribón?

A Ugo Rocco no le hizo mucha gracia el comentario, y a punto estuvo de manifestar a su vez en voz alta:

«Sobre todo a la putana de tu hija, so cabrón». Pero se limitó a recordar mientras se cubría y empezaba a secar su joven cuerpo de atleta con la toalla:

—Siempre le dije que me gustaría jugar en punta, señor Adessio.

¡De delantero centro!

—Bueno, bueno... No me vengas ahora con esas, Rocco. Te salió un partido redondo y eso es todo, muchacho. ¡No hay para presumir!

—No presumo; pero usted estaba siempre empeñado en ponerme como defensa... ¡Y eso las pocas veces que me ha alineado!

—No te preocupes; desde ahora jugarás todos los domingos.

—¡Ya era hora! Llevo más de dos años en el equipo.

—¿Y qué quieres? Los otros lo venían haciendo bien.

Aunque ahora, con la lesión de Renato... ¡Te prometo que ocuparás su puesto!

Ugo Rocco ya empezaba a vestirse como los demás, cuando el entusiasmado entrenador alzó los brazos y reclamó:

—¡Escuchad todos! Ahora, cuando baje el señor presidente... ¡le pediré una prima doble para todos!

—¡Hurra!

—¡Viva nuestro entrenador! —tronaron las voces de los jugadores.

Pero en aquellos instantes otra voz entró anunciando:

—¡Calma, chicos! ¡Tranquilos, muchachos! De verdad que estoy muy satisfecho; habéis tenido el coraje le remontar un partido perdido... ¡Os felicito de todo corazón...! Pero de eso a lo que ha dicho Luchio... Ya hablaremos de primas al final del campeonato!

La desilusión se reflejó en los rostros de los jóvenes, empezando a argumentar el entrenador:

—Hombre, señor Murgio. Yo creí que hoy...

Bruno Murgio era un hombre de negocios cuya afición y millones le habían llevado a ser el presidente del C. F. Taormina y volvió a insistir para que no brotasen nuevas esperanzas en lo económico:

—¡Lo dicho! Cuando seamos campeones... De momento, lo siento: no hay una sola lira en las arcas del club.

—Ahora podrá subir el precio de las entradas, cuando nos toque jugar aquí —apuntó uno de los jóvenes.

—Tú lo has dicho, Marcello; pero eso será cuando ascendamos de categoría, y de momento...

—Hoy deberíamos celebrarlo, señor presidente.

—En eso de acuerdo, muchachos. ¡Hoy estáis todos convidados a

cenar!

—¿En su pizzería, señor Murgio? —quiso concretar una de las voces.

—¡Por supuesto...! Todos los del equipo gratis... ¡Y a 5.000 liras los familiares o amigos que os acompañen!

Una fenomenal pedorreta recorrió todo el vestuario como una burla por tal ofrecimiento. Al rice Bruno Murgio no le sentó muy bien aquello, pero como estaban celebrando el triunfo se limitó a comentar:

—Basta de bromas: la cena será a las nueve y media... ¡Y hasta veremos de organizar algo de baile!

—Pero nada de bebidas, señor presidente —se apresuró a indicar el entrenador—. Todos estos tienen que volver a entrenar mañana.

—Eso es cosa tuya, Luchio. ¡Mantenlos en forma!

Se decía —y no eran pocos los que lo aseguraban en Taormina— que el señor Bruno Murgio había hecho su fortuna con los alemanes, cuando la guerra. Pero también se aseguraba que había sabido acrecentarla cuando los «libertadores» americanos desembarcaron en Sicilia.

Hombre educado, ciertamente elegante a sus sesenta cumplidos y sobre todo hábil maniobrero y diplomático, el flamante presidente del C. F. Taormina era capaz de nadar y salir a flote en las aguas más turbias. Por eso supo escurrir el bulto tras su felicitación en el momento más oportuno, aunque no sin recomendar sonriente desde la puerta:

—Lo dicho, amigos. A las nueve y media en mi pizzería. Y cuantos más familiares o amigos traigáis... ¡mucho mejor!

Lo que no escuchó el señor presidente fueron los comentarios que dejó tras él:

—Mejor para él, claro.

—Lo que quiere es que le llenemos su local de clientes.

—¡Y a 5.000 liras la cena!

—Nosotros no pagaremos nada. ¡Lo ha prometido!

—¿Pero y nuestros familiares y amigos?

—El «presi» es un tío muy vivo.

—¡Siempre sale ganando él!

Batiendo palmas, Luchio Adessio consideró que debía poner orden entre «sus muchachos» y recomendó:

—Ya basta, chicos: el que quiera ir que vaya y el que no, a casita a descansar. ¡Mañana a las doce no os perdono el entrenamiento!

CAPÍTULO V

No a las doce del mediodía en la hora del entrenamiento, sino a las seis de la mañana y cuando hacía poco que había aparecido el sol por el brumoso horizonte, Ugo Rocco volvió a ver a su entrenador.

Luchio Adessio se había acercado a la rústica granja conduciendo su viejo y ya destartalado «Fiat», ascendiendo el vehículo asmáticamente por la empinada y polvorienta pendiente que conducía al edificio principal de piedra.

El señor y la señora Rocco dejaron sorprendidos su diaria tarea, al oír que se acercaba un vehículo. Generalmente, hasta allí tan solo llegaba el viejo camión del mayorista en busca de la leche, los huevos y las pocas gallinas o cerdos que los propietarios sacrificaban para la venta en la ciudad.

De cualquier manera, no era la primera vez que veían al entrenador del equipe en el que a veces jugaba su hijo, por lo que el saludo de los dos curtidos campesinos fue cordial:

—Buenos días, señor Adessio —sonrió la mujer—. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

El viejo granjero, Adriano Rocco, se limitó a alzar una de sus callosas manos. El padre de Ugo no despegó los labios y volvió a su trabajo: secretamente, para aquel hombre solo contaban los campesinos, los granjeros y la gente que vivía en el campo, para el campo y del campo.

Adriano Rocco detestaba todo lo que oliese a ciudad: incluso a pequeña población. No concebía por qué la gente tenía que vivir apelotonada, todos revueltos, en casas de muchos pisos y tragándose el aire viciado de la creciente contaminación.

Cuando Luchio Adessio bajó del viejo «Fiat» tras escuchar el saludo de la campesina, su respuesta sonriente fue:

—Nada se me ha perdido, señora Rocco. ¡Al contrario!

—¿Por qué dice eso, señor Adessio?

—Porque ayer, durante el partido... ¡encontré un diamante en

bruto!

—¡Ay! No le entiendo, señor Adessio.

—Me refiero a su hijo.

—¿Qué pasa con nuestro Ugo…? Anoche vino algo tarde, pero muy contento, le oímos cantar mientras subía por esa cuesta.

—¿No les ha dicho nada, señora Rocco?

—¿Y qué es lo que nos tiene, que decir nuestro Ugo, señor Adessio? —volvió a preguntar más intrigada la mujer.

—¡Pues que ha triunfado!

—¿Eh…?

—Mejor dicho, señora Rocco… ¡Que yo le haré triunfar!

—Perdón, pero no… no le entiendo.

—No se preocupe, buena mujer. ¡Yo haré de su hijo un campeón! ¡Un triunfador! ¡Un genio futbolista que llegará a ganar millones!

—¿Con eso del maldito fútbol, señor Adessio?

—¿Es que no ha leído los periódicos, señora Rocco? Claro, hasta aquí no llega el reparto. Pero, mire, ¡mire a su hijo en primera plana! Dicen cosas magníficas de él.

—¿De nuestro Ugo?

—Sí, mujer… ¿Es que no sabe leer?

La campesina negó con la cabeza, posiblemente avergonzada de confesarlo con los labios. Pero sus ojillos cansados fueron a la fotografía en la que identificó a «su» Ugo, volviendo a indagar, siempre recelosa:

—¿Y qué es lo que hizo mi hijo, señor Adessio?

—Cosas muy buenas, señora; cosas que solo pueden hacer los elegidos. Los que llegan a ponerse el mundo por montera.

—¡Ay, Virgen bendita…! Mi hijo nunca hará esas cosas, señor Adessio. ¿Por qué tiene que ponerse al mundo por montera?

—Ya lo verá, señora. ¡Ya lo verá!

Y al instante, pisoteando sin querer los sembrados, preguntó:

—¿Dónde está el chico?

—Por allí, señor Adessio: dando de comer a los cerdos y a las gallinas.

Al quedar sola la mujer, Adriano Rocco volvió a acercarse a su esposa y refunfuñó:

—No me gusta ese hombre, Ann. ¿A qué viene tanta charla con

él?

—Pregunta por nuestro Ugo. ¡Ha dicho cosas muy bonitas de nuestro hijo!

—No es bonito darle a una cosa redonda con los pies.

—Se llama balón, y lo que hace Ugo es jugar al fútbol.

—A su edad se debe trabajar, no jugar. ¡Ya es un hombre!

Y el dueño de aquella granja siguió trabajando. Él nunca había entendido de juegos. Ni de niño...

* * *

Al oír los pasos del hombre que se acercaba, Ugo Rocco dejó de esparcir el grano a las gallinas. Cuando identificó a su entrenador quedó muy serio y se puso a pensar:

«¡Ya está! Anoche, con lo de la fiesta, Nuccia ha debido decirle a su padre lo del hijo que espera...»

A su vez, el astuto Luchio Adessio pensó que debía utilizar la táctica debida con el joven triunfador. Nada de más halagos ni palmaditas a la espalda; dureza y hasta si era posible algo de riña sería lo mejor.

Por eso su saludo fue, resoplando:

—¡Hola, chico! ¿Siempre te levantas tan temprano?

—Sí, señor Adessio... ¿Y usted?

—Hombre, yo trabajo en una carpintería y entramos a las ocho... Pero hoy he querido acercarme para decirte algunas cosas.

—¿No hay entrenamiento hoy?

—No es eso... ¿Pero por qué no me dijiste nunca que jugabas tan bien de delantero?

—¡Pero si siempre le dije que me gustaría jugar en ese puesto!

—¿Ah, sí?

—Era usted, el que siempre me ponía de defensa... ¡Cuando lo hacía!

—Sin rencores, Rocco. Ya te dije que el equipo iba bien y no tenía por qué quitarle a nadie el puesto.

—Solo ayer consintió en probarme —insistió el joven—. ¡Y los dos sabemos por qué!

—¿Ah, sí? —volvió a exclamar el hombre maduro—. Dime tú por qué consentí que sustituyeras a Renato.

—Porque le lesionaron y usted me dijo que le vengase. ¡Me pidió que patease a los defensas!

—No te pedí nada de eso, Rocco.

—¡Lo hizo! Y hasta me pidió que avanzase como un tanque.

—Bueno, bueno… Son tácticas de juego, ¿comprendes?

—Yo no le hice caso y bajé en busca de balones. ¡Por eso todo salió bien!

—De acuerdo, Rocco: todos admitimos que conseguimos el empate por ti. Solo perdimos un punto y el próximo domingo podremos ganar el campeonato provincial.

—¿Y ha venido para hablarme de eso, señor Adessio?

—Y de otras cosas. Por ejemplo, estoy calculando que vas a necesitar de un buen profesional que se cuide de ti. ¿Comprendes?

—No del todo, señor Adessio.

—Pues está bien claro, chico… Una especie de *manager* o agente. Alguien que sea capaz de manejar posibles fichajes, contratos… ¡Todos esos líos! Tú solo tendrás que cuidarte de darle patadas al balón y meter goles… ¡Muchos y bonitos goles, Rocco!

Ugo volvió a esparcir grano a las gallinas, para reflexionar. Y cuando despegó los labios fue para anunciar:

—Gracias, señor Adessio… Pero si ese milagro ocurre, intentaré valerme yo solo.

—¿Pero por qué, Rocco?

—Quiero irme lejos de aquí.

—¡No importa, hombre! Para mí también ya es poco el C.F. Taormina. ¡Hay nuevos horizontes para los dos, muchacho!

—¿Es que piensa abandonar en la ciudad a su hija, señor Adessio?

Ante la pregunta directa, Luchio Adessio pareció cambiar de tono y hasta de actitud al decir:

—Mira, Rocco. De mi hija es mejor que no hablemos, ¿eh? Nuccia ya ha cumplido los veintiséis y puede hacer de su vida lo que quiera.

—Le va a necesitar, señor Adessio.

—¡Te he dicho que no hablemos de mi hija! ¡Nuccia me tiene hasta los pelos con sus guarradas y locuras, y es el único punto negro de mi vida! ¿Lo entiendes?

—Solo le he dicho que pronto le va a necesitar más que nunca.

—¿Por qué? —se encrespó aún más el hombre maduro—. ¿Por lo de su cochina barriga? ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Si lo sabe, razón de más para no dejarla sola.

—¡Al cuerno! Es precisamente por eso por lo que deseo alejarme de esa pueblerina ciudad... Tú no vas a casarte con ella y harás bien, porque no estás seguro de ser el padre. ¿No es así?

—No sé... Tengo mis dudas, señor Adessio.

—¡Claro que las tienes! Y yo... ¡Y hasta ella!

—Es que... además... no... no estoy enamorado de Nuccia...

Ugo Rocco hizo una pausa y, deseando descargar toda su conciencia musitó, como en una confesión:

—Y... yo solo quiero a... a...

—¡También lo sé! —atajó cortante—. A Rossina de Villarosi Pavei... ¡La hija del conde!

—¡Señor Adessio!

—No te alarmes, hombre. ¡Aquí se sabe todo! Menudas son las mujeres y las comadres, como para no comentar... Yo lo supe por Nuccia, cuando ese canalla de Donnatto se llevó a tu hermana Tonina a Roma.

—¡El hijo del conde le prometió a mí hermana que se casaría con ella! —defendió con calor y vehemencia el joven.

—Sí, claro: lo de siempre... ¡La eterna canción! Primero todo son promesas y luego...

—No hable más de Tonina. ¡En casa la hemos olvidado!

—Posiblemente tus padres se esfuercen en hacerlo, pero tú... Cuando el juerguista de su hijo Donatto se fugó llevándose a tu hermana, el conde te prohibió ver a su hija Rossina.

—¿Todo eso se lo contó Nuccia, señor Adessio?

—Mi hija es otra chismosa, inocente... ¿No lo sabías?

—No... Nuccia no me comentó nada nunca.

—Te seré totalmente franco, Rocco. Nada de todo eso me importa realmente. Son líos de familia y yo hasta pretendo alejarme de los míos: de los que mi hija me trae a casa, pero confieso que te tenía un poco de rabia. ¡No me caías bien!

—Lo sé, señor Adessio: siempre me hizo sentirlo así.

—¿Y qué querías, cuernos? Eras uno más que se ponía a salir y a manosear a la perdida de mi hija.

—No hable así de Nuccia, por favor.

—¡Soy su padre y sé muy bien lo que es! ¡Y también sé a quién ha salido! Mi esposa, antes de morir…

—Cálmese, señor Adessio. Usted lo ha dicho: y nada de todo eso importa.

—¡De acuerdo, chico! Eso es razonar y ser inteligente. Así es que vamos hablar tan solo del presente y del excelente futuro que presiento que nos espera. ¿Te parece?

Ugo Rocco no dijo ni que sí ni que no, pero guardó un elocuente silencio mientras volvía a su diaria tarea de esparcir grano a las inquietas gallinas, que en torne suyo no dejaban de picotear ansiosas.

Y de pronto, los dos tuvieron que volverse al ruido de un poderoso automóvil que ascendía a gran velocidad la lejana pendiente que conducía a la granja de los Rocco.

Por las trazas, era día de visitas inesperadas.

CAPÍTULO VI

El «Mercedes» pasó de largo ante la casa de piedra parando, cuando llegó a los corrales donde los asombrados Luchio Adessio y Ugo Rocco vieron bajar al elegante sesentón Bruno Murgio, presidente del C. F. Taormina.

La sonrisa que iluminaba el rostro del poderoso y rico industrial iba de oreja a oreja, al saludar amistoso y campechano:

—¡Hola, amigos! Veo que madrugaste más que yo, querido Luchio.

Algo «picado», el entrenador replicó, tirando con «bala»:

—Generalmente, me levanto mucho más temprano que usted, señor presidente.

—Bueno, bueno: eso lo dices tú, amigo. Yo no tengo que ir a trabajar, pero hago gimnasia todos los días, juego al tenis o al golf... ¡Por eso me conservo tan joven y en buena forma!

—Sobre todo para los «negocios», ¿verdad, señor presidente? —continué con sus reticencias Luchio Adessio.

Siempre diplomático, Bruno Murgio no se dio por aludido y clavando su mirada de lince en el joven, animó a Ugo Rocco:

—Deja eso y sube al coche, Rocco, iremos al club y charlaremos largo y tendido, muchacho.

—¿De qué, señor Murgio?

—¿Cómo que de qué? De muchas cosas, amigo. Entre ellas, de tu brillante porvenir.

—¡Me lo temía! —musitó quedamente Luchio Adessio.

Pero Bruno Murgio dio muestras de haber oído el comentario, puesto que ya abiertamente enfrentándose con el entrenador del equipo manifestó a su vez:

—¿Qué es lo que murmuras, Luchio? ¿Y qué es lo que te temías?

—Está bien claro, señor presidente: usted ha venido tan temprano aquí... ¡para liar al muchacho!

—¿Para liarle yo, Luchio?

—¡Eso he dicho!

—Pues cuida bien tus palabras… ¡O puedo buscar otro entrenador para el equipo!

—Puede hacerlo desde ahora mismo… ¡Me voy, señor Murgio!

—¿Có… cómo?

—Y no solo… ¡Me iré con Rocco!

—¡Un momento… un momento! —se puso a recomendar el rico industrial—. No sé todo lo que te habrá estado diciendo este majadero, querido Rocco, pero lo que sí te aseguro es que no podrás tomar ninguna decisión sin antes contar conmigo. Aún soy el presidente del C. F. Taormina.

Confuso, Ugo Rocco no dejaba de mirar alternativamente a los dos hombres que, por alguna razón, ahora pretendían disputársele. Y aún le intrigó más al ver que, tomándole por uno de los brazos, su presidente insistió en apremiarle:

—Así es que al coche… ¡Y ya aclararemos todo esto! ¡Sube!

—Espere un poco, señor Murgio… ¿Quién va a dar de comer a las gallinas?

—¡Al diablo tus gallinas y todos esos sucios bichos! ¡Sube te digo, Rocco!

—Espere, le diré a mis padres que…

—Ya se lo contarás todo cuando regreses.

Seguía tirando del brazo del joven, que mudamente pareció intentar buscar ayuda en los ojos de su entrenador. Pero Luchio Adessio se limitó a decir, ya camino de su viejo «Fiat»:

—¡Está bien! Pero yo también iré al club y estaré presente en todo lo que hablen.

—¡Te librarás muy bien! —amenazó el presidente—. ¡No te dejaré subir a mí despacho!

Con sus zuecos de madera, sus raídos pantalones de pana, la camisa y el gastado jersey, Ugo Rocco se sintió fuera de sitio sentado en el lujoso «Mercedes» que tan hábilmente conducía su presidente.

Cuando pasaron ante la casona de piedra alzó el brazo para despedirse de sus padres, quienes no menos asombrados respondieron al saludo. Y fue el comentario de su presidente lo que empezó a hacerle comprender lo que pasaba, cuando escuchó que Bruno Murgio comentaba:

—Un buen futbolista como tú, tendrá que empezar a olvidar

estos lugares, querido Rocco.

Ugo Rocco había tenido pocas ocasiones para hablar directamente con el presidente del C. F. Taormina. Como todos los componentes de la plantilla del equipo, le respetaba desde lejos y, por supuesto, siempre habían tenido que acatar sus decisiones. Incluso cuando tales decisiones habían resultado caprichosas o arbitrarias con respecto a pagas atrasadas, falta de abono de primas u otros incentivos económicos, prometidos y no cumplidos.

Pero en aquella ocasión y en vista de todo lo que estaba ocurriendo, el joven se atrevió a puntualizar:

—Le ruego que hable claro, señor Murgio.

—Ante todo, dime antes una cosa: ¿qué te ha prometido ese cretino de Luchio?

—Nada, señor presidente.

—¡Mejor! Así no tendrás que romper ningún compromiso verbal con él.

—El entrenador solo vino a verme, porque él… él…

—¡Sigue!

—Bueno… Me dijo algo así como que él quería ser mi *manager*… o mi agente. No lo entendí bien.

—Nada de eso, Rocco. Tú al único que te debes es al C. F. Taormina. ¡El club que yo presido! ¿Queda bien claro, amigo?

—Sí, señor presidente.

—Pues lo concretaremos todo en mi despacho. ¡No se hable más!

Aquella seca y rotunda coletilla de «¡No se hable más!», sirvió para que durante el resto del trayecto, el joven futbolista no se atreviese a formular ninguna pregunta más al acaudalado e imponente presidente.

Pero Ugo Rocco no pudo evitar pensar y llegó a la conclusión de que, de alguna manera, todo lo que le estaba sucediendo debería estar enlazado con el soberbio partido que había realizado la tarde anterior, cuando para propio asombro había logrado meter en la portería contraria aquellos tres soberbios goles que les habían permitido empatar con los del Caltanissetta.

Un inesperado empate que les permitía seguir aspirando al título del Campeonato Provincial en la categoría que militaba su equipo.

Y si eso era así es que sus sueños dorados empezaban a cumplirse…

* * *

—Firma ahí, Rocco... ¡Y en la copia también!

Sentado en el monumental despacho de su presidente, con cierta timidez, Ugo Rocco tomó la pluma y miró a los documentos que Bruno Murgio le presentaba. Pero antes de estampar su firma alzó la vista, buscó las vivaces pupilas del hombre elegante y quedamente osó preguntar:

—¿Qué es esto, señor Murgio?

—¿Qué va a ser, hombre? El contrato que te liga a nuestro equipo.

—Ya hace dos años que pertenezco a él, ¿no, señor Murgio?

—¡Por supuesto, muchacho! Y si no has jugado con más frecuencia es porque esa mala bestia de Luchio no quería alinearte... Pero no te preocupes, que buscaremos a otro entrenador.

—¿Va a despedir al señor Adessio?

—Ya le oíste. ¡Se ha despedido él mismo!

Y mientras, nerviosamente, Bruno Murgio intentaba encender uno de sus aromáticos habanos, insistió vehemente:

—¿Firmas o no, Rocco?

—¿Puedo leer el contrato, señor Murgio?

—¿Para qué? Ya sabes... Dice lo que todos: que quedas ligado al C. F. Taormina y que defenderás, con el máximo interés y ardor sus sagrados colores. Y etc., etc., etc... Anda, firma de una vez, amigo.

—Pero es que yo... yo, señor Murgio...

—¿Tú, qué? —volvió a interrumpir con la máxima sequedad.

—Yo... yo aspiro a jugar en otro equipo, señor.

—¿Cómo? ¿Ahora me vienes con esas? ¿Es que vas a traicionarnos? ¿Vas a plantar al Taormina, el equipo de fútbol de tu ciudad, por otro? ¿Qué piensas que dirá toda la afición, a la que hiciste vibrar de júbilo ayer mismo? ¿Crees que te lo consentirán todos nuestros queridos y fieles socios?

El señor Murgio hizo una breve pausa en su brillante y exaltada perorata para seguir con el tono cada vez más alto y cuajado de reproches:

—¡Yo soy el presidente del Taormina y no puedo presentarles esa sucia papeleta, hombre! ¿Qué dirían también de mí? Siempre me he desvelado por el equipo y ahora debo seguir haciéndolo,

querido Rocco. Tú perteneces a este club y no nos puedes plantar ahora que solo nos falta el partido del domingo para conseguir el Campeonato. Tú no puedes...

—Está bien, señor Murgio. Seguiré jugando para el club y...

—Eso está mejor, muchacho. ¡Así se habla, Rocco!

—Déjeme terminar, por favor.

—Vamos, sigue... Adelante, Rocco... ¡Adelante!

—Pero solo hasta el próximo partido para ver si conseguimos el ascenso.

—¿Ah, sí? ¿Y luego qué, ingrato?

—Lo siento, señor Murgio... Pero creo que debo decírselo.

—¿Decirme qué?

—Que aspiro a más. ¡A mucho más, señor Murgio!

—Todo eso lo encontrarás aquí, Rocco... De momento, ¡el domingo seremos campeones! ¡Habremos subido de categoría!

—No me refería solo a eso, señor Murgio... Yo quiero ser un profesional. ¡Ganar dinero con el fútbol! Conseguir firmar un buen contrato y, si ello es posible... ¡llegar a internacional!

Tras arrancar con violencia el humeante puro de los dientes, el elegante Bruno Murgio alzó los brazos, se levantó y sin dejar de agitarlos ostensiblemente se puso a pasear por su despacho al gritar:

—¡Ah! ¡Sueños! ¡Sueños! Lo de siempre... Hacéis solo un buen partido, que por pura casualidad os sale redondo, y ya os ponéis a soñar... ¡Como si todo fuese tan fácil! Como si a la vuelta de la esquina os fueran a ofrecer, suplicándoos, la camiseta nacional.

—Soy joven, señor Murgio.

—¿Y qué? ¡Todos hemos sido jóvenes, Rocco! ¡Todos! ¿O es que crees que yo nací así, con mis sesenta años? No, señor, no... Pero si llegué adonde estoy, si triunfé y conseguí lo que tengo, es porque no me deslumbré como un bobo con los primeros triunfos, tuve paciencia y supe esperar... Sí, Rocco, sí: esperar que las cesas llegasen a su tiempo debido. Pasito a pasito, sin prisas, sin arrebatos locos, sin dejar a nadie, sin traicionar a los buenos amigos y sin...

—Yo no traiciono a nadie, señor Murgio.

—¡No me interrumpas! ¡Aún soy tu presidente!

—Perdón, señor.

—Y otra cosa... ¿No sabes que no podrás fichar por otro equipo, sin mi consentimiento?

—Pero usted me lo dará, ¿verdad, señor Murgio?

—¡Ah! Eso es otro cantar, amigo. Yo siempre he obrado legalmente… ¡y seguiré haciéndolo!

—¿Qué quiere decir, señor?

—Está muy claro, Rocco. Que sin que firmes ese contrate, no podrás conseguir la ficha federativa. La dichosa ficha que todo futbolista necesita obligatoriamente para ser traspasado a otro equipo, con todos les requisitos necesarios que exige la Federación Italiana de Fútbol. ¿Lo has entendido todo, mi querido muchacho?

—El entrenador ya me hizo firmar mi ficha, señor.

—¡Cierto! Muy cierto, Rocco… Pero no como profesional. ¡Ahí está ahora la diferencia!

—Entonces, si no firmo aquí…

—Seguirás siendo un simple aficionado, Rocco… ¡Un amateur!

Las dudas del joven Ugo Rocco seguían, pero el vivaz presidente del C. F. Taormina añadió como el estoconazo final:

—Y debes saber, como buen deportista que eres, que un simple amateur no debe cobrar… ¡No debe pedir dinero por el deporte que practica!

—¿Quiere decir que solo firmando aquí pasaré a la categoría de profesional?

—Tú lo has dicho, Rocco… ¡Las cosas son así! Y yo no soy el que legisla, muchacho.

—Está bien, señor Murgio… ¡Firmaré!

—No esperaba menos de un buen muchacho como tú, Rocco.

Bruno Murgio había dejado de pasear por su despacho, saboreando el cigarro puro que consumía. Se acercó a la mesa, no para sentarse, sino más bien para mirar por encima de los hombros del joven futbolista que firmaba el contrato previamente extendido y su copia por el cual Ugo Rocco quedaba «ligado» al F. C. Taormina… ¡por cinco años!

Naturalmente, Ugo Rocco apenas había podido leer nada de todo lo que se decía allí y mucho menos lo que en todo astuto contrato se denomina «la letra menuda».

Tampoco el joven pudo recelar nada, puesto que el hombre de negocios abrió uno de los cajones de su mesa y ofreció, nuevamente con la sonrisa de oreja a oreja:

—Y para que veas que soy un hombre noble y agradecido aquí

tienes este dinero, Rocco... ¡Cien mil liras!

—¿Pa... para mí, señor presidente?

—Solo es el primer pago... por el excelente contrato que acabas de firmar.

—Gra... gracias, señor presidente... ¡Muchas gracias, señor Murgio!

—Y ahora, si me permites... ¡Tengo muchas cosas que hacer!

—Por supuesto, señor presidente... Buenos días, señor Murgio.

Bruno Murgio ni se dignó saludar cuando el joven salió de su despacho. Era su táctica.

¡Él era el presidente, caray!

CAPÍTULO VII

—¡Te ha engañado! ¡Ese bribón te ha liado miserablemente!

Sudando por los ejercicios realizados, Ugo Rocco esperó que Luchio Adessio anunciase a los otros futbolistas que el entrenamiento había terminado, y tras escuchar el silbato preguntó al irritado entrenador:

—¿Por qué dice eso, míster?

—¿Pero no te das cuenta? Desde ahora, si te ficha el Palermo o el Catania, el Taormina es el que saldrá ganando: lo que quiere decir su presidente. En otras palabras, Rocco... ¡Ese taimado de Bruno Murgio, pues es él quien mangonea aquí!

—No podrá impedir que me fichen.

—Podrá, porque firmaste ese contrato.

—¡Maldita sea! ¡No quiero seguir cinco años más aquí!

—No te preocupes, que con respecto a eso él mismo se cuidará de que no sea así.

—No le enfundo, señor Adessio.

—Pues está más claro que el agua.

—Explíqueme, por favor.

—Deja que los demás vayan a la ducha; no quiero que los muchachos se alteren con todo esto.

Media hora después, al abrir la puerta de su viejo «Fiat», Luchio Adessio invitó:

—Anda, sube: te llevaré a casa y estudiaremos la copia de ese condenado contrato. Y de paso podrás ver a Nuccia.

—No, señor Adessio. Desde ahora, cuanto menos vea a su hija, mejor.

—Entonces te llevaré a tu casa.

—Ya sabe que queda muy lejos.

—Es igual: este cacharro aún tira lo suyo.

Ganaban ya las afueras de la ciudad, cuando el joven futbolista se atrevió a preguntar:

—¿Le ha dicho algo el presidente?

—¡Y tanto!

—¿Le despide?

—¡Me despido! —corrigió al instante el veterano entrenador.

—¿Y el domingo?

—No temas; hemos quedado que después del partido, aún ganando, me iré del Taormina.

—Siento que por esto mío, usted...

—¡Al contrario! Tengo los equipos así, a puñados.

Luchio Adessio enfiló los descampados, tuvo que forzar al vehículo al iniciarse la pendiente y al poco añadió:

—Además, ya te dije que quería largarme de aquí.

—Yo no podré... ¡Y en cinco años!

—No seas tonto, chico; te dije antes que todo ha sido una hábil maniobra de ese ambicioso negociante. ¡Él es el primero en desear tu traspaso a otro equipo!

—Pero si usted mismo me ha dicho que me hizo firmar para...

—Te hizo firmar ese contrato leonino para, legalmente, poder retenerte si él quiere.

—¿Y cree que lo hará?

—Según lo que le ofrezcan por tu nuevo fichaje.

—Me lo ofrecerán a mí, no a él —manifestó en uno de sus arranques Ugo Rocco.

—¡Narices! —se burló Luchio Adessio—. Perteneces al Taormina, amigo.

—¡No es cierto! Yo me pertenezco a mí mismo, no a nada ni a nadie, excepto a mis padres.

—¡Ah, la ley es así, chico!

—¡Pues no es justa!

—Mira, Rocco... No te pongas a discutir eso o perderás la cabeza Y lo tuyo son los pies, ¿sabes? Darle patadas a un balón, y lo mejor que puedas.

—Por encima de futbolista, soy un ser humano, señor Adessio.

—Pues anda, chico... Plántate en Roma y se lo dices al presidente de la Federación Nacional de Fútbol.

—¿Debo entender que no me escucharían?

—Ni al mejor y más audaz de los abogados. ¡Tú no sabes el tinglado que está montado en torno a todo eso!

—Ya sé... Las quinielas y...

—¡Uf! Eso solo es una mínima parte, hombre... Y la UEFA... y la FIFA... Y los torneos internacionales. Y la copa Intercontinental. Y los Campeonatos del Mundo, los clubs, las federaciones... ¡Todo un montaje multimillonario, chico!

—Yo solo quiero jugar al fútbol y triunfar.

—Jugarás, Rocco. ¡Jugarás, hombre! Pero pasando por el «aro» y aceptando las reglas establecidas, muchacho.

—Algún día cambiará todo —suspiró el joven esperanzado.

—Sí, cuando tengas mi edad... ¡O cien años, claro! Habían llegado. Y cuando descendía del coche el joven granjero, el hombre ante el volante recomendó sonriente:

—Cuídate, Rocco. ¡El domingo tienes que meter muchos goles!

—Lo intentaré, señor Adessio.

—¡Caray, Rocco! ¿Cuándo vas a dejar de tratarme con tanta ceremonia?

—¿Prefiere que le llame míster?

—¡Otra que tal! Pronto voy a dejar de ser tu entrenador, hombre.

—¿Luchio a secas...?

—¿Y por qué no, hombre? A fin de cuentas, si te decides por lo de mi hija... ¡entrarás en la familia!

Aun con la portezuela abierta, al oír aquella leve insinuación Ugo Rocco se mostró serio y sincero al comentar:

—Ya sabe que le dije que no estoy enamorado de Nuccia... Y en cuanto a lo del hijo que espera, yo... yo...

—Ya está hablado, Rocco: no te esfuerces... La muy bribona te lleva seis años y sabía muy bien lo que hacía. ¡Demasiado bien, como con otros!

—No debe despreciar a su hija por eso... Yo...

—No la desprecio... ¡Pero me irrita! No soporto que me haga abuelo de esa manera. ¿Comprendes?

—En el fondo es usted un buen hombre, Luchio.

El veterano entrenador sonrió, cerró la portezuela y recomendó tras alzar la mano en despedida:

—Lo dicho... ¡Y saluda a tus padres!

—De su parte, Luchio...

* * *

Rumbo a Ragusa, donde se tenía que disputar el último encuentro del Campeonato Provincial, el autocar bordeaba la costa de la carretera que les conduciría a Siracusa para allí descansar un poco en la noche del sábado, cenar en el parador que ya tenía contratado el F. C. Taormina y proseguir el viaje hasta el final.

Llegarían a Ragusa a eso de las once de la noche y enseguida a dormir en el hotel de tercera donde el equino quedaría concentrado hasta hora y media antes de iniciarse el partido, también en otro campo municipal.

Tenían noticia de que ya estaban vendidas todas las entradas. Y hasta incluso otras —menos frecuentes— en las que se rumoreaba que el presidente del Catania se había desplazado, más que para presenciar el partido, para entrar en tratos con el presidente del Taormina.

¡Seguro que para discutir el posible traspaso a su equipo de Ugo Rocco!

Claro estaba, todo eso no eran más que bulos. Noticias y chismes de periodistas deportivos también de segunda o tercera fila, que cumplían con sus crónicas deportivas «alimentados» con todas estas cosas.

Incluso la prensa local de Taormina había lanzado las campanas al vuelo comentando que al «fenómeno» Ugo Rocco lo querían en el Milán.

Muchos se habían reído por la exageración, pero en el fondo gustaban todas estas cosas. Daban ánimos y calor al equipo, lugar para las discusiones de los socios y les comentarios de la población en general.

En Italia el fútbol es muy importante. Aunque solo se trate del equipo local.

Y en España. Y en Francia, Alemania, Inglaterra... El fútbol es, actualmente, el «deporte rey», el único capaz de reunir a diez, veinte, cincuenta... ¡cien mil espectadores enardecidos en un estadio!

En Brasil hay quien llega a suicidarse si pierde su equipo.

En Italia no tanto, pero se gritan, se insultan, se blasfema, se llegan a pegar. ¡Se desahogan!

¡Se pagan muy caras las localidades preferentes!

Se juegan muchos millones semanalmente a las quinielas...

¿Todo un colosal y formidable «montaje», como había dicho un hombre tan entendido sobre el tema como el veterano entrenador Luchio Adessio?

¿Quién sabe?

Quizá...

* * *

Ajenos al paisaje, ya contemplado otras muchas veces, los jóvenes futbolistas atendían a las penúltimas instrucciones de su entrenador, quien, mentalmente, trazaba las tácticas a seguir cuando «sus muchachos» estuvieran evolucionando sobre el campo de juego.

Luchio Adessio seguía prestando todo su interés por el Taormina y aquellos jóvenes como siempre. No lo mermaba el hecho de que, al finalizar la tarde del domingo, tuviese que dejar aquel equipo... posiblemente para pasar una temporada sin trabajo hasta fichar por otro.

Llevaba en la sangre el fútbol y, además, por su propio interés quería que el Taormina fuese el campeón.

En su ya larga hoja de servicios constaría eso. Y los triunfos siempre se cotizan.

Y por eso se esforzaba al indicar:

—Tú atento siempre, Rangonni. No juegues a lo loco y nada de pasar más allá de la raya del círculo central.

—Pero si atacamos por las alas, yo puedo hacer a veces de extreme y secundar así...

—¡Te digo que no! El Ragusa tiene delanteros muy rápidos y contraataca muy bien. ¡Y además juegan en casa!

—¿Y si veo una buena ocasión?

—Te frenas, Rangonni... ¡Te digo que nada de correr a lo loco!

—Entendido: jugaremos con «cerrojo».

—Tampoco es eso, hombre; pero sí con mucha prudencia.

—Tiene razón el míster —opinó el portero titular—. A fin de cuentas, con un empate nos sobra un punto para ser campeones.

Volviendo la cabeza con viveza hacia él, el entrenador objetó:

—También te equivocas, Marcello. ¡Es una final! Habrá prórroga en caso de empate. ¡Y hasta tandas de penaltys, de seguir

empatados!

Palmeando las espaldas de Ugo Rocco, otro de los jóvenes jaleó sonriente:

—No hay que preocuparse, señor Adessio. ¡Aquí tenemos a nuestro fenómeno que meterá tres goles!

—¿Y si nos hacen falta cuatro, Guido?

—Es que yo pienso meter uno, míster.

—Dejaos de bromas. ¡El partido es muy serio y comprometido! ¡Entrarán a matar! Sobre todo sus defensas.

—Si arrean leña, se la devolveremos.

—Sois futbolistas, no luchadores, Mario. Los partidos se ganan jugando bien, no arreando patadones.

—Digo yo que si ellos se ponen a jugar a los bestias...

—Pues vosotros a lo que importa. Las faltas no hacer más que cortar el juego.

Luego pareció centrar toda su atención en el que jugaría como delantero centro y también recomendó:

—Y tú, escucha bien, Rocco... ¡Tienes potencia y genio para realizar una gran jugada, de esas tuyas!

—No siempre sale bien, señor Adessio... Arrancar desde la defensa nuestra, cruzar todo el campo y meter gol, es... es...

—¡Te saldrá, Rocco! Eres muy veloz, resistente y aguantas bien las tarascadas. Todo está en confiarles, ¿sabes? Veréis: cuando estéis replegados, naturalmente ellos avanzarán para ganar terreno y achuchar más... Pero en vez de despeja el balón a tontas y a locas, de cualquier manera para evitar que ellos marquen, lo haréis siempre centrando el esférico hacia allí donde esté Rocco... ¿Lo vais entendiendo?

Todas las cabezas se movieron afirmativamente.

—¡Entonces es cuando tú debes arrancar a todo gas!

—Lo haré así.

—Eso les pillará a contrapié, muy adelantados todos ellos. Y como te repito que eres muy veloz, no podrán alcanzarte y en todo caso solo tendrás que derribar a los defensas.

—Rocco corre como un gamo, míster.

—¡Esa debe ser nuestra ventaja, chicos! Si en los noventa minutos preparáis seis o siete veces esa gran jugada, calculo que por lo menos en dos o tres de ellas Rocco meterá gol.

—¿Y vamos a jugar todos para Rocco? —quiso concretar el extreme izquierdo.

—No lo has entendido: no he dicho que juguéis todos para él, pero sí que cuando ellos ataquen y os tengáis que replegar, al despejar busquéis a Rocco y le centréis el balón.

Ya no hubo objeciones y Luchio Adessio remató:

—Del resto ya se encargará él. ¿Verdad Rocco? —Correré con todas mis fuerzas.

—Animo, chicos. ¡Lo conseguiremos!

CAPÍTULO VIII

¡Y lo consiguieron!

Al terminar el partido, un 2-4 campeaba inamovible en el marcador.

El Taormina era un digno campeón: había derrotado en su propio campo al temible Ragusa.

¿Fue porque se confiaron al contar con su hinchada en las atestadas gradas? ¿Fue porque cayeron en la astuta táctica de Luchio Adessio? ¿Atacaron con exceso olvidando su defensa? ¿O bien fue por la increíble y endiablada velocidad de las piernas de aquel nuevo fenómeno del fútbol italiano que tan brillantemente empezaba a destacar?

Los entendidos, los más puristas, los que desapasionadamente presenciaron el partido, estuvieron de acuerdo en sus crónicas. Los titulares empezaban más o menos así: «Ugo Rocco es un nuevo "Bambino de Oro"». O bien: «Cronometrado por este cronista, Ugo Rocco corrió varias veces más de noventa metros en siete décimas de minuto. Si este excepcional delantero decide colgar sus botas y dejar el fútbol, podría muy bien llegar a ser campeón olímpico de los 100 metros».

Los más entusiastas llegaron a escribir que, tanto en su velocidad como en su juego en general, Ugo Rocco resultaba sencillamente «genial». Si sus portentosas facultades físicas le permitían dejar atrás a los que intentaban perseguirle, sus driblings, sus toques de balón y su genio para revolverse en un palmo de terreno, solo eran comparables con la facilidad para el remate en cualquier posición o postura.

Uno de sus goles había sido de «cuchara», al rematar de espaldas a la portería y rodeado de una nube de contrarios, que en vano le «cargaron» e intentaron evitarlo. Otros dos los había conseguido en jugada —sin duda estudiada por su entrenador—, partiendo como un rayo desde su línea de defensa para plantarse en solitario, desbordando a todos los que habían intentado detenerle ante el

portero que nada pudo evitar pese a sus desesperadas salidas.

El cuarto había sido la apoteosis.

Pese a jugar en la demarcación de delantero centro con el nueve en la camiseta, en una de las ocasiones Ugo Rocco corrió a la banda para sacar un córner... ¡que se coló directamente en la portería del Ragusa!

No era la primera vez que se veía una cosa así, ciertamente. Pero es que Ugo Rocco le había dado un efecto al balón que nada más partir de su bota «adivinó» que el esférico terminaría en el fondo de la red.

Incluso algunos habían «cantado» aquel soberbio gol, antes de que el portero del Ragusa manotease desesperadamente en su vano intento de atrapar aquel obús de cuero.

¿De qué cantera había salido aquel joven? ¿Quién le había enseñado a jugar al fútbol así? Su fina intuición en las jugadas, sus veloces desmarques, sus inteligentes desplazamientos por el campo para jugar sin balón, arrastrando con él a los contrarios y su potente chut del que hizo tantas veces gala, necesitaban una explicación.

O bien se debía resumir todo en pocas palabras: «Rocco, un auténtico fenómeno del fútbol».

Y lo era porque, además, no se le podía acusar de individualista ni con aspiraciones de «divo», puesto que sabía repartir el juego, facilitaba a sus compañeros centros y pases bien medidos, bajaba a su zaga para defender y achicar balones y, sudando la camiseta durante los noventa minutos, lo mismo sacaba de banda voluntariamente que se sacrificaba para el conjunto.

Eso sin contar que, con sus veloces arrancadas, era capaz de romper y quebrar a la defensa contraria, sin incurrir en los fuera de juego y sin rehuir nunca el choque frontal cuando era necesario el riesgo.

Resumiendo: Ugo Rocco resultaba un excelente jugador, muy completo.

¿Cómo era que no se le había descubierto antes? ¿A qué se debía que el Taormina no hubiese contado antes con su valiosa colaboración?

A esta serie de preguntas de los cronistas deportivos, el entrenador Luchio Adessio se había limitado a responder:

—Lo tenía en reserva, para les partidos finales del Campeonato.

O bien argumentó:

—Ugo Rocco sufrió una lesión de ligamentos en uno de los entrenamientos. No le pude alinear, hasta que se recuperó últimamente.

Por supuesto, el propio jugador no negó nada de eso. Como abrumado por tantos elogios y entrevistas, la mayoría del tiempo permaneció sin despegar los labios, respondiendo con monosílabos de joven inexperto que se asombra de su propia fama.

¿Qué podía decir? ¿Qué su entrenador le había alineado en su equipo pocas veces por rencillas personales? ¿Qué secretamente se había estado viendo con Nuccia, la hija de Luchio Adessio, y que ese había sido el motivo?

A nadie le interesaban sus problemas particulares.

Sus fotos aparecieron en todos los diarios deportivos de Ragusa, Catania, Palermo y aún de Messina y Reggio di Calabria, desde donde trascendieron al resto de Italia en días sucesivos.

La prensa siempre ensalza a los nuevos «héroes», de los que precisa para su propia supervivencia.

Pero antes, lanzándose también sobre una nueva presa, el presidente del Catania se había entrevistado con el del Taormina, para que Bruno Murgio acertase traspasar a Ugo Rocco a su equipo, que militaba en la Primera División italiana.

Fumando muy satisfecho uno de sus aromáticos cigarros, el presidente del Taormina había respondido muy minucioso:

—Usted verá, amigo. ¡Todo es cuestión de precio!

—¿Cómo cuánto?

—Bueno, no sé de momento... Pero es una cuestión negociable.

—¿Cien millones de liras?

Bruno Murgio había puesto cara de hombre ofendido, al argumentar:

—¿Está usted de broma? ¡Rocco vale muchísimo más! Ya tengo una media oferta de un club de España, y teniendo en cuenta que cien liras, al cambio, son unas diez pesetas...

—¿Pero cuánto le han ofrecido por el chico en España?

—Por ahora es secreto, amigo. Pero usted tendrá que subir más... ¡Mucho más!

—No se pase de listo, Murgio. Conmigo hoy mismo podía quedar zanjado el traspaso. Le firmo inmediatamente un cheque como

adelanto y mañana mismo me tiene en Taormina, para lo del contrato y todo el papeleo.

Siempre astuto, diplomático y negociante, Bruno Murgio rechazó:

—No tenemos prisa, amigo. ¡Ahora mi equipo ha ascendido de categoría!

—Cierto, pero nunca llegará a jugar en Primera.

—¡Quién sabe! Con ese fenómeno todo es posible, amigo.

El posible acuerdo quedó aplazado, pero el regrese resultó triunfante. El autocar se llenó de cantos alegres, mutuas felicitaciones, bromas y risotadas, no cesando durante todo el viaje les comentarios. Una y otra vez se rememoraban los detalles, tal como la entrega de la copa de campeones en su categoría, las entrevistas con los periodistas, la cena de hermandad a la que también habían asistido los componentes del derrotado Ragusa, las posibles ofertas por el traspaso de Ugo Rocco, que seguía como aturdido y se limitaba a sonreír a sus felices compañeros.

Sus cuatro soberbios goles no se podían olvidar tan fácilmente.

Solo bajar del autocar, Ugo Rocco corrió hacia el «Mercedes» de su presidente, que les había seguido en pequeña caravana junto a otros coches de la ciudad. Una vez más Bruno Murgio le abrazó y le estreché la; manos, pero al muchacho solo le interesó:

—¿Permitirá mi traspaso, señor presidente?

—¿Tú lo deseas, Rocco?

—Perdone, pero... ¡Sí! ¡Sí! Comprenda que lo necesito para mí carrera y mí...

—No te preocupes, muchacho. ¡Todo se hablará.

Pero el Taormina no puede perder tampoco esta ocasión. También has de comprender que nuestro equipo necesita de...

La noticia del ansiado triunfo había llegado antes que ellos y eran muchos los hinchas que habían acudido a recibirles. La gente se arremolinaba, gritaba, saludaba y el feliz presidente del Taormina repartía sonrisas Como peladillas o arroz el día de bautizo, como si él hubiese trotado por el campo del Ragusa, encajan dolé los cuatro goles.

El sonriente Bruno Murgio «consintió» en que le sacaran algunas fotos con «sus muchachos», y sin dejar de abrazar al impaciente Ugo Rocco encontró una magnífica oportunidad para soltar uno de sus

inflamados discursos, empezando a decir a todos los presentes:

—¡Aquí nos tenéis, amigos! ¡El Taormina ya ha ascendido! Muchos han sido mis desvelos y sinsabores, a lo largo del campeonato. Pero he sabido superarlos para llegar al triunfo.

Hizo una estudiada pausa en espera de los aplausos, antes de añadir lanzando al viento sus soñadas esperanzas:

—Pero desde ahora, esta maravillosa y querida ciudad se convertirá en cantera de excelentes jugadores de fútbol… ¡de los que se nutrirá toda Italia!

—¡Viva el Taormina!

—¡Viva el presidente!

—Gracias, muchas gracias… Yo os prometo que…

Tuvo que interrumpirse con visible disgusto en el rostro, porque muchos empezaron a gritar:

—¡Viva Rocco!

—¡Viva! ¡Viva!

Tero diplomático, consiguió arrancar nuevamente—: ¡Bien dicho, amigos! A Rocco le debemos también parte del triunfo. Todos han luchado como leones y yo… yo…

—¡Rocco! ¡Rocco! ¡Rocco!

Bruno Murgio consideró muy oportuno indicar a su chófer uniformado:

—Llévale a su casa, Niño… Comprendo que el muchacho esté cansado y ya ves… ¡se nos emociona!

—Usted manda, señor Murgio.

—Anda, anda… ¡Llévatelo de aquí!

Y cuando el joven penetró en el lujoso «Mercedes», aún le palmeó la espalda al musitar.

—Ya hablaremos de lo que nos interesa, Rocco… ¡Sabes que pondré todo mi interés!

Por supuesto que lo pondría.

A fin de cuentas, el presidente del C. F. Taormina era un excelente negociante.

CAPÍTULO IX

Como perdido en el amplio y confortable asiento trasero del «Mercedes», Ugo Rocco se inclinó hacia delante y deseó:

—Perdone, Niño, pero...

—Tú dirás valiente.

—¿Podría hacerme el favor de llevarme a la finca de los... los Villarosi?

—¿A la casa del conde?

—Sí... por favor.

—¿No quieres ir a tu casa?

—Luego iré... Pero antes tengo que ver a... a alguien...

—No me digas que tienes tratos con ese rico aristócrata... Aunque ya vas para figura, no creo que gente así, tan refinada y...

—¿Puede hacerme ese favor, Niño?

—¡Por supuesto, hombre! Esa finca no queda muy lejos de tu granja.

Cerraba la noche cuando llegaron frente a una gran mansión, toda ella rodeada de cuidados jardines, protegidos por altas rejas de hierro forjado. Un complicado escude heráldico campeaba en lo alto de la puerta, también de hierro forjado, pero el joven futbolista volvió a rogar al conductor del «Mercedes»:

—Pare aquí, Niño... No llegue ante la puerta, por favor.

—Como quieras, Rocco... ¿Tengo que esperarte?

—¡Oh, no! No... hace falta, Niño. Y gracias... ¡Muchas gracias, Niño!

—A mandar, valiente. ¡Te lo mereces todo!

Nada más arrancar el «Mercedes», Ugo Rocco empezó a contemplar la soberbia mansión. Con nostalgia recordé que, durante años y años, hasta que ocurrió lo de su hermana Tonina, él había llevado los productos de la granja de sus padres al señor conde de Villarosi para él y sus dos hijos.

En aquella lujosa casa, tanto él como su hermana, siempre habían sido muy bien recibidos, aunque el señor conde nunca dejó

de guardar las debidas distancias. No así sus hijos Donatto ni la pequeña Rossina, con la que habían llegado a jugar muchas veces en aquel hermoso jardín, después de entregar a los criados las cestas con los huevos, la leche y algunas hortalizas.

Desde muy niña, Rossina siempre fue como un ángel para él. Dulce, amable, siempre sonriente y feliz, contagiaba su desbordante alegría a todos los que la trataban. Rossina de Villarosi y Pavei poseía, además de su deslumbrante belleza, ese arrebatador encanto de las personas buenas y de noble corazón.

Su padre la miraba y educaba como a una reina, pero ella resultaba sencilla y asequible, encantadoramente dispuesta a tratar con todos, y hasta arrebatadoramente traviesa muchas veces.

¡Cuánto se había divertido y reído en aquel jardín!

Así habían crecido los cuatro, hasta que un día Ugo Rocco no volvió a querer jugar más con la sorprendida Rossina, que se lo reprochó de mil formas y maneras, llegando a retarle con su candorosa inocencia:

«Ya no corres tras de mi porque te gano. ¡Y también trepo a los árboles mejor que tú!»

No era eso, pero no se lo podía decir. No se atrevía a manifestar lo que le ocurría, cada vez que su cuerpo entraba en contacto con el de aquella muchachita.

Era como si Rossina poseyera una extraña electricidad.

Le alteraba, le ponía nervioso; luego, durante horas pensaba en ella por las noches y no se dormía hasta que no se tocaba. Pero también se avergonzaba de hacerse aquellas «cosas» y el resto del día andaba mohíno, triste, realizando los trabajes de la granja y hasta sin ganas de jugar al fútbol.

Era como una extraña «enfermedad», de la cual él sabía cómo curarse: abrazando y besando a Rossina.

Pero eso nunca, jamás se atrevería a hacerlo. Antes estaba dispuesto a morir, que a ofender a su dulce y amada Rossina. Y no porque ella fuese la hija de un rico aristócrata y él el de unos humildes granjeros.

Ser un simple campesino no le avergonzaba a Ugo Rocco. Pero confesar todo lo que sentía por aquella deliciosa y tierna criatura, sí.

Aún en su rusticidad, como les ocurre a muchos jóvenes

enamorados inexpertos, Ugo Rocco pensaba que si no es puro el amor, no puede ser desinteresado y profundo. En alguna parte había leído una frase que se le quedó grabada: «¿Quieres saber si tu amor es bello y digno? Pues mira si te eleva sobre ti mismo».

Y Rossina le inspiraba tal ternura, tanta dulzura y amor, que por venerarla no quería llegar a mancillarla con sus apasionados deseos.

Alguien ha escrito que el amor aminora la delicadeza femenina y acrecienta la del hombre. Al menos a Ugo Rocco le ocurría así y por eso se mostraba tan sumamente delicado con su bella amiguita. Y su voluntaria renuncia al placer y los sentidos llegó al punto que también hizo suyo lo que había leído en una novela que le prestó su hermana Tonina:

«El amor no es más que un punto luminoso; más, sin embargo, parece abarcar todo el tiempo. Apenas existe hace pocos días y es posible que en breve deje de existir; pero mientras existe derrama sus esplendores sobre la época que le ha precedido y la que le ha de seguir».

Él se conformaba con eso: con que su existencia estuviese esplendorosamente iluminada con la presencia de Rossina.

Y para que todo continuase así, para que un día no le echasen a patadas de allí, ni ella le reprochase sus deseos, se limitaba a escucharla, a oírla como si hablase una diosa, a no jugar más con ella para no tener que tocarla.

¡La deseaba tan ardientemente, que temía que si volviese a rozar su suave y cuidada piel, no sería capaz de contenerse!

Lo malo era que la traviesa Rossina le pinchaba, le azuzaba, le provocaba. Le miraba a veces con aquellos ojos tan negros y profundos como un lago, en los que él no osaba fijar sus ardientes pupilas. Y una tarde, mientras se escondían tras unos parterres de rosas de Tonina y Donatto, le propuso:

«Si te atreves a darme un beso, cuando vuelvas el lunes con tu hermana... ¡te regalaré una cosa!»

Pero él supo contenerse, fingió que no ardía en deseos de besarla y hasta consiguió preguntar con tono de muchacho displicente:

—¿Qué me regalarás, Rossina?

—¡Es un secreto, tonto!

—Dímelo... ¡o no te beso!

—¡Está bien! Un traje de mi hermano que ya no usa.

—No me sentará bien. Donatto es cuatro años mayor que yo.

—Pero tú eres tan alto y fuerte como él.

La besó…

Primero acercó sus labios a los de ella, lenta y suavemente, como dispuesto a besar a un relicario. Pero la dulce caricia fue convirtiéndose en un torrente de fuego incontenible, abrasador y profundo, que conmovió las entrañas de los dos jóvenes.

Terminaron abrazándose y acariciándose enfebrecidos, ajenos a todo lo que les rodeaba. Contrariamente a mostrarse ofendida, Rossina se le abría como una flor olorosa, sedienta de rocío.

¡Aquello fue pura delicia!

Ugo Rocco se dijo que si el ruido de un beso no retumba tanto como el de un cañón, en cambio su eco fura mucho más.

A él le duraría toda la vida.

En secreto se hicieron «novios», prometiéndose mudamente que no se lo dirían a nadie.

—¿Ni a tu hermana Tonina? —preguntó Rossina.

—¡No! Ni tú a tu hermano Donatto.

—¡Tonina es mi amiga! —recordó la muchacha.

—¿Te ha dicho ella que se besa con tu hermano? —argumentó él.

—¿Es que se besan? ¿Son también novios?

—¡Qué ingenua eres, mujer! Hace tiempo…

Era bien cierto, y precisamente de aquello, tiempo después surgió la tragedia.

Un día Donatto, el heredero del conde Villarosi y Pavei, en uno de sus frecuentes viajes a Roma… ¡se llevó a Tonina Rocco con él!

El disgusto y la cólera del conde alcanzó cotas muy altas. Hasta amenazó con desheredar a su hijo, capaz de amancebarse con una simple campesina, que le había arrastrado a tal locura por egoísmo. La *puttana* de Tonina había sabido aprovecharse de la amistad que les habían ofrecido sus hijos, para engatusar al joven Donatto.

«¡Pero jamás se casará con él!», había sentenciado el conde.

Su primera medida fue ordenar que ninguno de los Rocco volviese por aquella casa. Les declaró la guerra más feroz y Ugo no encontró ocasión para ver a su amada Rossina. La muchachita también estaba muy disgustada, y en una larga carta que le escribió, le decía que debían renunciar a su amor.

Ugo Rocco, desesperado, abatido, triste, insistió una y otra vez, también por carta. Pero Rossina no se dignó contestarle una sola vez, y fue entonces cuando fue a refugiarse en los ardientes brazos de Nuccia, la hija del entrenador de su equipo, ya que venía desde largo haciéndole cucamonas y poniéndole ojitos tiernos.

En las carnes de aquella mujer apasionada y con larga experiencia Ugo encontró una cierta compensación a sus desengaños y ardores, ya propios de su edad.

Pero nunca dejó de soñar con Rossina.

Nunca dejaría de adorarla, y por eso se encontraba allí, aquella noche, frente a la mansión de los Villarosi y Pavei, porque necesitaba verla, contarle muchas cosas. Decirle que era muy posible que tendría que irse muy lejos, si el Catania o cualquier otro equipo le fichaba.

Pero, ¿cómo entrar en aquella casa? Indiscutiblemente, llamando a la puerta principal, no. ¡Le echarían a patadas, como a un perro sarnoso: Ugo Rocco miró a la alta verja y decidió:

—¡Treparé! ¡Tengo que despedirme de Rossina!

CAPÍTULO X

—¿Estás loco? Si los criados o mi padre te descubren aquí, te dispararán...

—¡Me arriesgo, Rossina!

—¡Nadie debe saltar a nuestro jardín!

—Yo lo hice. ¡Por ti!

—¿Y cómo es que no han ladrado ni «Zar» ni «Toy»?

—¿Ladrarme a mí, mujer? ¡Han meneado sus rabos muy contentos! «Zar» hasta me lamía las manos.

—Te recuerdan, Ugo.

—¿Y tú, Rossina?

—Yo no quiero saber nada de ti.

—¿Por lo de tu hermano y mi hermana?

—No... No es solo por eso.

—¿Entonces...? ¡Nos queremos, Rossina! ¡Lo sé muy bien!

—También quieres a esa... ¡a esa perdida!

—¿A quién te refieres?

—Eso también lo sabes muy bien. ¡A Nuccia Adessio!

—¡Bah! Son habladurías... Chismes que corren por ahí.

—Pues esos «chismes» hablan de que vais a tener un hijo.

—¡Mentiras! ¿Quién te ha dicho tal barbaridad?

—¡Gassman! ¡Y Amato! ¡Y nuestra cocinera también! Ellos van al fútbol y se enteran de muchas cosas.

—Tus criados sí que son chismosos. ¡Nunca les caí bien! Son más estirados y más cursis que tu mismo padre.

—No hables mal de mi padre.

—¡Odia a los Rocco!

—¿Y no tiene motivos?

—Yo nada le hice.

—Tu linda hermanita, sí.

—Más faena nos hizo tu hermano. ¡Mis padres están avergonzados! ¡Y yo también!

—Tu hermana ha engatusado a mí hermano. ¡Tonina es una

fresca! ¡Y una egoísta! Mi padre dice que ella espera...

—Tu padre podrá ladrar muchas cosas. Pero será mi hermana la que al final pierda más.

—¡Papá no «ladra»!

—Pues lo parece: grita a todo el mundo. ¡Es solo un conde y se cree un emperador!

—Si tanto le odias, ¿por qué estás aquí?

—Te lo he dicho, Rossina. ¡Por ti! Porque no puedo vivir sin que me mires, sin oírte y sin...

—¡No, no! ¡Besos, no, Ugo!

—¡Mujer!

—¡Te he dicho que no! Y además, encaramado a esta ventana... ¡Te podrías caer!

—Por un beso tuyo no me importa romperme el alma.

—Dáselos a esa otra.

—¡Y dale! No volveré a salir con Nuccia... Y, además, también he venido a despedirme.

Ahora sí: las manitas de la muchacha buscaron el contacto de las de Ugo, que no pudo acariciárselas por tener que emplearlas para mantenerse bien aferrado. A sus pies, quedaba la distancia de dos plantas hasta el jardín, donde los perros guardianes continuaban agitando sus rabos y mirando hacia arriba, pero silenciosamente cómplices, sin ladrar.

—¿Adónde te vas, Ugo?

En pocas palabras dada su posición precaria, el joven futbolista explicó que le dolían los músculos de los brazos y temía caer desde aquella altura, pero continúa allí, prometiendo:

—Voy a triunfar, Rossina... ¡Triunfaré por ti!

—Sabes que no nos gusta el fútbol.

—Sí, claro... ¡Sois muy finos y aristócratas!

—No vuelvas con eso.

—Ganaré dinero... ¡Mucho dinero, Rossina!

—Eso tampoco nos interesa.

—¡Narices! ¡A mí sí! A mí no me sobra, como a vosotros.

—¡Calla, loco! Si gritas nos oirán.

—¡Bésame!

—¡Te he dicho que no!

—¿Me quieres, Rossina?

Rossina Villarosi y Pavei no contestó. Se puso a mirar a la luna y contestó:

—¿Verdad que es hermosa?

—¡No tanto como tú!

—¡Halagador! Y embustero...

—¡Es la verdad! Para mí tú significas más que la luna, el sol... ¡El mundo entero!

—Sí, sí... Pero mientras tanto... ¡te revuelcas con otras mujeres!

—Es distinto, cariño... Un hombre necesita de vez en cuando...

—¿Y las mujeres? ¿Qué tal te sentaría a ti sí yo...?

—¡Por Dios, Rossina! —no la dejó terminar, soltándose casi.

—Pues mira por dónde, el otro día dimos una fiesta y un amigo de mi hermano que vino de Roma... ¡No estaba mal!

—¡Oh, Rossina! Celos no, por favor. ¿Quieres desesperarme?

—Quiero que te vayas. ¡Te puedes caer!

—¿Por medio de quién podré escribirte?

—Nanette me dará tus cartas. ¡Como hizo otras veces!

—Pero tu doncella se enterará de todo.

—¿Es que piensas escribirme cosas... «cochinas»?

—No, pero... ¡Está bien! Tu carta la meteré en un sobre cerrado dentro del que le enviaré a ella, con su nombre.

—Nanette me quiere mucho. ¡Y a ti te aprecia!

—Es la única en esta casa.

—Yo también te aprecio, Ugo.

—Pero no me quieres como yo a ti. ¡Yo estoy enamorado!

—Enamorarse no es amar, Ugo... Puede uno enamorarse y odiar.

—¿Lo dices por ti?

—Así, así... Sabes que me gustas mucho, bribón. ¡Pero no apruebo tu conducta!

—¡Uf! Me... ¡me estoy resbalando!

—¡Cuidado, Ugo!

—¡Ya no puedo más...! ¿Me das un beso o no?

—Lo dices para que te lo dé.

—De veras, cariño... ¡Se me terminan las fuerzas!

—No lo creo, un mocetón como tú.

—¡Dame un beso que me caigo! —apremió con la voz ciertamente alterada.

Rossina de Villarosi y Pavei, una vez más se mostró tierna y

dulce y fue adelantando su carita para ofrecer la fresca fruta de sus juveniles labios a su enamorado.

Pero Ugo Rocco bien poco pudo disfrutar aquella vez de la caricia. Cuando sus golosos labios apresaron la boquita que le ofrecían al poner toda su alma y sentidos en ello, se olvidó del resto y se desplomó vertiginosamente hacia el jardín.

Cayó a plomo sobre los dos inquietos perros que le esperaban y entonces sí ladraron y hasta se pusieron a quejarse.

Ante la escandalosa algarabía, se iluminó una ventana de la primera planta y por ella asomó la avinagrada cara del conde de Villarosi y Pavei, que a su vez se puso a bramar:

—¿Qué diablos pasa? ¡«Zar»...! ¡«Toy»...! ¡A vigilar!

Vio una furtiva sombra corriendo por el jardín y el dueño de la mansión corrió en busca de su escopeta de caza.

Pero cuando regresó a la ventana Ugo Rocco ya había vuelto a saltar la verja.

¡Era todo un atleta!

CAPÍTULO XI

En el Catania no se estaba mal, solo que todo era más serio, más medido, mejor cronometrado y el entrenador se creía un dios.

Junto con el Palermo, el Catania eran los dos únicos equipos sicilianos que jugaban en la Primera División italiana, y por lo tanto, eran frecuentes los largos viajes a Milán, Roma, Florencia, Turin, Nápoles y otras muchas ciudades, adonde tenían que acudir para les encuentros previstos, según el calendario de Liga.

Cuando eran ellos los que jugaban en casa, la semana resultaba más tranquila y menos ajetreada. Los futbolistas disponían de más tiempo libre y, excepto las horas de entrenamiento y partidillos por las mañanas, el resto del día podían hacer lo que quisieran.

No del todo, claro. Por ejemplo, Tiberio Roy, el nuevo entrenador de Ugo Rocco, exigía disciplina y ciega obediencia: sin ser la capital de Sicilia, Catania era una gran ciudad marítima, con mucho movimiento y mucha vida. Pero también allí tarde o temprano se sabía todo y los profesionales del fútbol tenían que ir con mucho cuidado.

Una noche de farra podía resultar una multa del club, de muchos miles de liras. Si faltabas a un entrenamiento también se tenía en cuenta y podría ser, frecuentemente, que no te alineasen en el próximo partido… por falta de forma, decía el entrenador.

Ugo Rocco también conoció otros «problemas». Su fichaje había sido sonado y muy comentado, y eso hizo brotar algunas envidias y tiranteces con ciertos delanteros de su nuevo equipo, temerosos de que les quitase el puesto.

La naturaleza humana es así.

Y no es oro todo lo que reluce en el deporte.

Había otra cuestión: Ugo Rocco tenía que ganarse el puesto cada domingo, en cada partido. No se le permitían fallos, pese a que cada vez los jugadores contrarios le marcaban más estrechamente, ansiando anularle en sus mejores jugadas.

Suerte tenía de su velocidad y de sus facultades físicas

portentosas. De su clara visión de la jugada, de estar durante los noventa minutos siempre al tanto, corriendo, moviéndose sin cesar de en sitio a otro, hasta encontrar la fisura por la cual colarse directamente camino del gol.

Cuando los defensas salían a «cazarle», o bien soportaba la violenta entrada, o tenía que driblarles con sus hábiles y secos regates, para a los pocos metros repetirlo una y otra vez, en busca del eficaz remate o el centro conveniente a sus compañeros de juego.

De cualquier manera, ver jugar a Ugo Rocco resultaba un buen espectáculo.

Casi nunca defraudaba y en cuanto a goles, venía a marcar un promedio de dos o tres por partido.

Lo malo era cuando marcaba uno solo. Entonces, algunos cronistas deportivos escribían que la «pólvora» de Ugo Rocco empezaba a estar mojada.

Sí, la prensa era todo un problema, le acosaban, le sorprendían en cualquier parte, le pedían declaraciones que, algunos, más tarde, las escribían a su antojo, siendo la fuente de conflictos que él mismo tenía que terminar aclarando.

Cierto domingo en que el Nápoles tuvo que encajar tres de sus goles y perdió los dos puntos en litigio en su propio terreno, al terminar el partido y aún sudando a mares, un periodista napolitano le puso el magnetófono ante la boca y le preguntó si su fichaje por el Catania no había sido un gran negocio para ese equipo.

—Sí… Creo que sí —jadeó Ugo Rocco, con sinceridad.

—¿Y para el Taormina? —insistió el periodista.

—Aún más… A mí solo me dieron una miseria.

¡Se armó el «cacao»!

Cartas, declaraciones por la radio y la tele, artículos, comentarios. Durante algunos días fue como una pequeña «guerra». Ni su actual presidente, el del Catania, ni el antiguo, el del Taormina, se sintieron felices con su declaración. Ambos se creyeron obligados a hacer las suyas, y el joven deportista tuvo que leer lo siguiente, dictado por el inefable Bruno Murgio:

«A Ugo Rocco se le han subido los humos a la cabeza. Fue nuestro club el que le sacó de la nada, soportándole con paciencia hasta convertirlo en el buen futbolista que es hoy. Ese chico tiene

unas facultades fabulosas, pero no así una mente muy clara. ¿Qué se puede esperar de un simple patán granjero, hoy día convertido en figura?»

Ugo Rocco cogió el teléfono, para entrar en comunicación con su ex presidente. Pero en la oficina del Taormina le dijeron que el señor Murgio no se podía poner:

—Tiene una reunión muy importante —anunció el empleado.

Al otro día, también el presidente del Catania soltó en la prensa su cuarto a espadas: manifestó a los periodistas que él había pagado mucho y caro por Ugo Rocco, y que no tenía por qué quejarse. Que otra cosa era si le habían «engañado» en su viejo club.

Cosas así se sucedían, debido a su creciente popularidad.

La tarde que jugaron contra el Milán, también derrotándole por dos soberbios golazos salidos de las botas de Ugo Rocco, un periodista milanés empezó a especular en su artículo con la peregrina idea de que nadie en condiciones normales era capaz de alcanzar aquellas velocidades, cuando el famoso delantero centro del Catania salía con el balón desde su línea de defensa, para plantarse ante la portería contraria en 6 o 7 segundos.

«Sólo un hombre drogado o bien una auténtica “liebre-humana”, es capaz de realizar tales carreras», terminaba.

A Ugo Rocco le entraron ganas de buscar al periodista milanés y aplastarle los monos.

Lo que más le dolió fue lo ocurrido en Florencia.

Minutes antes de iniciarse el encuentro, una señorita muy guapa y con más atributos físicos que la propia Nuccia, saltó al terreno de juego para hacer el saque de honor. Por las trazas era la ganadora de algún concurso, a la par que la amiguita de algún directivo.

Ugo Rocco ya era el capitán del Catania y tuvo que fotografiarse con ella, en unión del árbitro y del capitán de la Fiorentina. Y a la bella «dama» se le ocurrió estamparle un beso en plena mejilla sin dejar de sonreír y guiñarle un ojo al fotógrafo.

Bueno: aquella foto recorrió toda Italia e incluso llegó a publicarse en el extrajera.

Pero lo sorprendente fue que, en algunas revistas, ampliando la foto y eliminando de ella a todos los demás, apareció con un pie en el que se leía:

«Nuestro “Bambino de Oro” también mete goles a las mujeres.

Se rumorea que Vittina Wlady y Ugo Rocco son algo más que amigos».

Si el resultado de aquella falacia fue más popular, la carta de Rossina no se hizo esperar. En muy pocos renglones le puso de vuelta y media, y tras llamarle Casanova, le rogaba que no la escribiera más.

Nuccia también le escribió al club y allí le dieron la carta, aunque en sus renglones no se vislumbraban los celos ocultos, sino más bien el despecho que la empujó a escribir: «Puedes ir sembrando Italia de hijos, sinvergüenza. ¡Algún día pagarás tu ingratitud!»

Ugo Rocco contestó a ambas, claro que en muy distinta manera. A Rossina contándole toda la verdad sobre aquella foto y en la forma en que había sido ampliada por algunos, y a Nuccia ofreciéndole su ayuda económica: entre sueldo, primas y otros incentivos ahora podía hacerlo, además de que pronto le renovarían el contrato.

Nuccia aceptó inmediatamente.

Rossina no volvió a escribirle.

Antes de un año Rocco aprendió esta verdad: la fama trae muchas veces la soledad. El éxito suele ser tan frío como el hielo y, con frecuencia, es tan poco hospitalario en el fondo como el Polo Norte.

Cuando terminó la Liga italiana y el Catania quedó el segundo clasificado, a solo dos puntos del Juventus, aunque con muchos más goles a favor que el mismo campeón, el nombre de Ugo Rocco volvió a barajarse en muchos equipos.

Unos breves torneos de verano por España, jugando en Barcelona, en Madrid y en Cádiz en el «Torneo Carranza», aún cimentaron más su fama, subiendo como la espuma su cotización.

Incluso en Norteamérica se habló de él, asegurando el Cosmos que pagaría en ricos dólares.

Ugo Rocco tuvo que echar mano de abogados, para que plantearan bien su caso. El antiguo derecho de retención de los clubs, que empezaba a periclitar, podía ser discutido: el modesto Catania no tenía dinero para pagar debidamente a su famoso delantero centro y los «novios» eran muchos.

¿Cuál era el mejor postor?

En aquella auténtica «feria» cada uno miraba por sus intereses. Las cifras se desorbitaban y las condiciones eran múltiples y variadas en sus soluciones. Había equipos que pagaban alto, pero con letras y en determinados plazos. Otros había que escalonaban los pagos, aunque con mayor brevedad y mejores condiciones.

El mayor aldabonazo lo dio un equipo inglés, que escribió desde Londres anunciando que estaba dispuesto a ofrecer un millón de libras esterlinas por los servicios de Ugo Rocco durante tres años.

Las calculadoras empezaron a funcionar echando humo: había que contar, reducir todo aquel montón de dinero a liras. La cantidad resultaba astronómica.

¡Qué barbaridad!

¿Realmente las piernas de Ugo Rocco valían aquella fortuna?

Hubo alguien que escribió que eso quien lo podía decir era el Catania. En un año que había estado en sus filas, cada domingo habían llenado el campo; eso sin contar que habían subido las localidades porque el nombre del «virtuoso» Ugo Rocco, anunciado en una alineación, parecía tener imán.

Hacía afición.

Por ejemplo, cuando el Catania jugó en su campo contra el Roma por los derechos para que el partido fuera retransmitido por televisión a todo el país, los directivos del Catania se quedaron calvos pidiendo dinero. Hubo un tira y afloja, en donde también intervino la Federación de Fútbol, que a su vez se llevó una buena tajada.

¿Y qué decir cuando en el mismo campo jugó el Juventus, primer clasificado de la Liga, y aspirante a ganarla, como al fin sucedió? En el campo del Catania perdió por un vergonzoso 5-0, de los cuales tres goles los marcó Ugo Rocco. Toda Italia pudo presenciar aquella fenomenal derrota, que más tarde agotó ríos de tinta: se vendieron más periódicos deportivos, y de los otros también.

A dos puntos solo del líder, el Catania salió hasta en la sopa. No fueron pocos los que apostaren que el modesto equipo siciliano le quitaría la Liga al poderoso Juventus.

Resumiendo: Ugo Rocco estaba resultando una mina para muchos.

Para él mismo también, naturalmente; ya acudía a los

entrenamientos conduciendo un descapotable color rojo, último modelo. Vestía con elegancia, su reloj era de oro, se alojaba en un lujoso apartamento de soltero, frecuentemente aparecía en las revistas y se le habían inventado mil compromisos matrimoniales, hasta con ricas herederas.

Y es que al condenado encima le acompañaba la figura: uno ochenta, cabellos negros siempre flotando al viento cuando corría como un galgo en pos del balón, anchas espaldas de atleta, piernas largas y robustas, muy musculosas, y una sensibilidad en ellas, para «acariciar» el esférico, que parecía puro milagro.

Su rostro de veintidós años no podía ser más expresivo, como buen siciliano. Generalmente, sus labios sensuales sonreían, dejando entrever una doble hilera de dientes sanos y blancos, que realzaban su indudable atractivo.

Por comentarse, de Ugo Rocco se decía que era un hijo de «dioses», puesto que tenía de todo: juventud, salud, fama, dinero…

¿Qué más podía pedir?

CAPÍTULO XII

Terrible cosa es el triunfo. Creemos que con ello nos basta, y una vez en posesión de esa falsa meta de la vida, solemos olvidar el fin verdadero: la felicidad.

Y otra cosa a tener también en cuenta: la felicidad humana se forma no tanto con acontecimientos extraordinarios —que raras veces ocurren—, como con pequeñas adquisiciones y alegrías que pueden lograrse todos los días.

Solo basta encontrar a las personas dignas de amarlas y que ellas nos amen: que nos amen, nos quieran y nos respeten de verdad.

A Ugo Rocco, humilde campesino y granjero en sus inicios, le costó cuatro años de ininterrumpidos éxitos llegar a esas verdades. Cuatro años trotando por todos los campos de fútbol de Italia, y aún de Europa, en sus partidos internacionales.

Cuántos viajes, cuántos traslados, cuántos cambios de hoteles, de residencias, de habitaciones, de maletas, de menús, de horizontes...

Cuántos cambios de rostros que pasan sin dejar huella.

¿Cuántos verdaderos amigos?

Pocos; porque los amigos no se dan en los árboles, como los frutos. ¡Hay que ganarlos!

Y ello porque el camino del triunfo y del medro en la posición social, está y estará siempre sembrado de amistades rotas. Intereses enfrentados, envidias, roces, recelos, posiciones antagónicas. Si unos te aplauden y te glorifican, otros te abuchean y te silban. Si a unos les haces ganar, es porque otros pierden.

Una tarde, ya jugador del Roma y siendo el ídolo del equipo, Ugo Rocco recibió un centro de sus compañeros y se dispuso a rematar de bolea, sin dejar caer el balón ni pararlo. El gol habría sido imparable dada su posición en el área pequeña, de no meter brutalmente la pierna uno de los defensas y derribarle aparatosamente.

El penalty se pitó, por supuesto.

Pero antes Ugo hubo de ser retirado en camilla del terreno de

juego, seriamente lesionado. En la enfermería se diagnosticó la gravedad: fractura de tibia y peroné, rotura de ligamentos en la rodilla y posible intervención quirúrgica también en el menisco.

Total: más de cinco meses sin poder jugar.

Acerca de eso fue sobre lo que realmente se especuló durante días y días en la prensa, poniendo el índice sobre sus posibilidades futbolísticas nada más, olvidadas otras muchas consideraciones.

Indiscutiblemente, el Roma contaba con un excelente cuadro médico y destacados cirujanos. Al famoso Ugo Rocco no le operará ningún cualquiera, ni sería atendido por un matasanos. Gozaría de las técnicas más modernas y los resultados terminarían siendo plenamente satisfactorios.

Nadie ponía eso en duda.

Pero... ¿y el tiempo a transcurrir? Cinco o seis meses son muchos días, muchos domingos y partidos sin poder aplaudir y aclamar a un ídolo en un campo de fútbol. Y la gente, el público olvida tan pronto...

Ese monstruo de miles y miles de cabezas necesita gritar, discutir las jugadas, bramar, jalear, arrojar almohadillas al campo, meterse con los árbitros, con los linieres, con los directivos, con los jugadores, bien para ensalzarlos... o para abuchearlos y hundirlos.

Necesita otro ídolo.

Así fue que, a las pocas semanas, tras los primeros reportajes a todo color, tras las primeras imágenes en la televisión y los primeros comentarios en la radio, el nombre de Ugo Rocco fue retornando a las sombras, a la nada de donde había salido.

Prácticamente ya no interesaba a nadie. El mismo Roma se cuidó de buscar un delantero centro titular, capaz de volver a caldear los ánimos, de agitar el «cotarro», de alimentar la afición, la curiosidad, el interés del público, devorador insaciable de ídolos...

Ugo Rocco pasaba las largas horas metido en la habitación de lujo de aquella clínica ultramoderna, hojeando periódicos, revistas y leyendo los libros que, al principio, algún que otro admirador le había mandado.

Pero la enfermera ya no tenía que cambiar las flores, porque ya nadie se las enviaba. El médico ya no tenía que seleccionar las visitas. La centralita de la clínica ya no estaba atosigada de llamadas. Los periodistas ya no aparecían por allí, ni los fotógrafos,

y pocas veces, los antes sonrientes y festivos directivos del Roma, se dignaban pasar por allí.

El silencio reinaba en aquella habitación, en torno al hombre que tantos aplausos había recibido. El genial futbolista que tantas ovaciones había escuchado, solo escuchaba ahora la radio cuando ponía su transistor, regalo de una de las muchas «novias» que había tenido.

Se alegraba por un tal Venicce, un delantero centro que ahora ocupaba su puesto en el Roma. Pero se molestó la tarde que le escuchó decir, tras un domingo que acertó a meter un gol:

—Dadme tiempo... ¡y haré olvidar a Rocco!

¡Pero si ya estaba olvidado! Si solo los médicos y las enfermeras asonaban las narices por allí, en la visita diaria. Si ya nadie le llamaba, ni le escribía ni se acordaba de él para hacerle una entrevista o reportaje.

Él había sido una máquina de meter goles nada más.

Fue al tercer mes, cuando aún conservaba la escayola en la rodilla, aunque empezaba a levantarse apoya de en muletas, cuando pidió hablar con el presidente del club. Recibió la visita, pero resultó algo fría y desde luego poco esperanzadora.

La fecha estaba cerca de vencer y Ugo Rocco quiso concretar lo de su renovación de contrato. El presidente, primero intentó darle largas al asunto, hasta que más osado empezó a argumentar:

—Verás, Rocco... Todo dependerá de la revisión médica que te hagan al final.

—Me recuperaré totalmente, señor Parluzzi.

—¡Quién lo duda, Rocco! Y tendrás todo el tiempo que pidas, todo el que necesite tu pierna. Precisamente el otro día en la Junta salió tu caso a relucir y algunos directivos...

—Siga, señor Parluzzi.

—Bueno... Los hay que opinan que la renovación de tu contrato tendrá que ser en otras condiciones. Yo...

—Tres años más y la misma cantidad, señor Parluzzi...

—¡Bueno, bueno! Todo eso se tendrá que ver, estudiar, matizar...

—En ese caso, ficharé por el Juventus.

—Bueno... No sé si ahora re querrán allí, Rocco.

—¡Ficharé aunque sea por nada! Pero cada vez que tengamos

que jugar contra su equipo... ¡le golearemos!

—Debes calmarte, Rocco... Comprendo que ahora estés alterado con tanta inactividad. ¡Te he dicho que hablaremos!

—No, señor Parluzzi. ¡Ya lo hemos hablado todo!

—Pero tú aún te debes al equipo y...

—Cuando llegue la ¡echa, me dan la baja y en paz... Buenas tardes, señor Parluzzi... ¡Y recuerdos a su Junta!

* * *

Ugo Rocco se puso a entrenar aparte. Cerca de seis meses sin pisar un campo de fútbol no le permitían mantener el ritmo de sus compañeros, y por supuesto mucho menos ser alineado. Tenía que fortalecer la pierna, la rodilla y también el resto del cuerpo.

Los médicos del Roma le daban muchas esperanzas, aunque aconsejándole que no forzase las cosas. Una lesión como la suya precisaba mucho cuidado y calma, y posiblemente aún tardaría un mes más en poder tocar el balón.

—Dentro de un mes no estaré aquí, doctor.

¿Có... cómo, te Rocco?

—Sí, doctor: el Roma terminó para mí.

Lo cumplió.

Los últimos meses había estado haciendo planes de acuerdo con Rossina, a la que había decidido convertir en su esposa, si es que ella aún le aceptaba. Los dos eran ya mayores de edad y si así lo deseaban podían unir sus vidas.

Que se fuese el conde de Villarosi y Pavei con su mal genio a cuidar geranios. Ugo Rocco contaba con que podría darle una vida digna a su mujer, sin necesitar el dinero de su aristócrata familia.

Precisamente, en los largos meses de convalecencia e inactividad, solo las animosas cartas de Rossina le habían sostenido la moral. Lo de Nuccia había terminado como era de esperar: un día le escribió anunciándole que se casaba. Con lo que él le enviaba mensualmente ella y el niño vivían tan ricamente, y hasta había logrado montar un taller de costura.

Aquel desahogó le había vuelto a hacer pensar en su futuro y eso la llevó de nuevo a los brazos de Lalo... ¡que era realmente el padre del niño!

Ugo tenía que perdonarla, por haber intentado atraparle a él. Siempre le había gustado más que el vago de Lalo, que si ahora se había decidido por lo de la boda y reconocer al niño, posiblemente fuese porque la vería aposentada y pensaba vivir de ella.

A vuelta de correo Ugo Rocco había contestado:

«Pues dile al fresco de Lalo que no enviaré una lira más».

Lo de Rossina requería un poco más de tiempo. Habían quedado de acuerdo, en una de las visitas que ella le hizo a la clínica, cuando iba a Roma con la excusa de ver a su hermano Donatto, que con los millones de la familia había puesto en la capital un negocio de antigüedades.

Le iba muy bien al puñetero.

Aunque, con eso de tratar con antigüedades, había resuelto hacía tiempo deshacerse de su antigua novia Tonina, cambiándola por toda una «dama» también de alta alcurnia, que el conde de Villarosi no tardaría en aceptar en su aristocrática familia.

La hermana de Ugo Rocco estaba en Nueva York sirviendo como doncella.

No había para preocuparse; en la ciudad de los rascacielos también había otros muchos italianos; se ambientaría.

El plan de Ugo Rocco era recuperarse del todo, volver a jugar al fútbol con el mismo virtuosismo de antes y su misma velocidad, para que el Juventus le fichara, y de paso, hacer todo lo posible para golear al Roma cada vez que los dos equipos tuvieran que enfrentarse.

Naturalmente, su «Gran Jugada» sería repetida en plena gloria.

Para vivir al fin con su adorada Rossina.

CAPÍTULO XIII

Realizadas las radiografías, los exámenes médicos y también superadas las pruebas deportivas, Ugo Rocco entró en el Juventus por la puerta grande.

No hacía tanto tiempo que había sido un ídolo nacional.

Ahora que volvía a jugar, nuevamente volvían a interesarse por él. Incluso el mundo futbolístico se animó con aquella historia de Ugo Rocco, que no había querido renovar su contrato con el Roma, para poder fichar en blanco con sus más enconados rivales: los del Juventus.

«Ugo Rocco promete golear al Roma en el primer encuentro que estos dos equipos tengan que enfrentarse».

«Eso de fichar en blanco seguro que estará unido a muchos millones de liras; ya se lo contaremos a ustedes más adelante».

«En los entrenamientos se asegura que Ugo Rocco ha recuperado toda su forma: Paulo Rozzoli, el entrenador del Juventus, asegura que es hasta más rápido que antes».

«Rocco tiene una nueva "prometida". Se asegura que es una aristócrata de provincias».

—No hagas caso de todo lo que leas sobre mí, cariño. Comprende que tienen que echar carne a las «fieras».

—No me gusta el fútbol, Ugo.

—Lo sé, Rossina: me lo has dicho muchas veces.

—¿Cumplirás lo prometido?

—¡Lo cumpliré, mujer!

—Mira que tus padres ya han empezado las obras en la granja.

—Convertiremos aquello en un paraíso.

—Yo no quiero cuidar pollos, vacas, cerdos y gallinas, mi amor.

—Otros las cuidarán por nosotros. Tendremos muchos empleados y yo los dirigiré. Mamá y tú seréis las reinas de la casa.

—Me gustaría que tu padre lo pudiera ver.

—Posiblemente nos vea... ¡desde arriba!

—Sí, siempre trabajó mucho y estará en el cielo.

—Y tú y yo estaremos en la gloria, Rossina.

—¿Palabra que no te cansarás de aquello, después de haber visto tanto?

—¡Precisamente por eso, cariño! Ya estoy harto de entrenamientos, patadas, empujones y tener que viajar casi cada semana.

Ugo Rocco quiso tranquilizarla del todo y añadió, hasta poético:

—Para mí, el paraíso sobre la tierra está en el trabajo que siempre he realizado, en la salud del cuerpo... ¡Y junto al corazón de la mujer amada!

—Gracias, mi vida.

—Vuelve a Taormina o tu padre nos excomulgará pensando lo peor de nosotros.

—Si sigo más a tu lado... ¡Acertaría!

—Lo mismo te digo, preciosa.

—¡Ay, déjame! ¡No me pellizques ahí!

—¿Lo hago en otro sitio?

—¡No, no! Las manos quietas.

* * *

Y una nueva Liga empezó.

El fútbol nunca se termina: es como el Ave Fénix, que cuando parece va a morir, resurge de sus propias cenizas.

Y una vez más, el primer partido de la reñida competición que el Juventus inició en su propio campo, se inició con una sensacional bronca.

En la última alineación dada por el entrenador se anunciaba la reaparición del delantero centro Ugo Rocco. Había mucho interés por verle, para comprobar su recuperación; pero en el último instante cuando los futbolistas saltaban al campo, los altavoces no dieron su nombre.

Pateos, silbidos, ¡bronca fenomenal en las gradas!

El entrenador aguantó cómo pudo el chaparrón en el banquillo. Sólo a los que estaban más cerca les comentó:

—Reservo a Rocco para los partidos fuera de casa.

Menos mal que el Juventus ganó, y aunque fue por un raquítico 1-0, la «parroquia» se conformó. Aquella noche por la radio el

entrenador dio sus explicaciones a la prensa y a todo aquel que le quiso oír, aunque particularmente le dijo al jugador:

—Mejor que griten y protesten. ¡Eso siempre caldea el ambiente!

—Sabe que estoy listo para jugar —opinó Rocco.

—¡Bah! El partido era fácil... ¡Y así te desearán más, Rocco!

—¿Lo hizo con esa intención?

—¿Pues cómo crees tú que va este «negocio»? Al público no hay que darle siempre lo que pide. Cuando vuelva a anunciarte, verás cómo se llena otra vez el campo.

—No entiendo nada de eso, míster.

—Ni falta; lo vuestro es correr tras el balón y meter goles.

—¿Jugaré el próximo domingo?

—¡Desde luego! Se terminó el descanso.

El día que Ugo Rocco volvió a jugar un partido de competición liguera se vació materialmente en el campo. Solo consiguió marcar una vez, pero su tanto tuvo la marca de sus goles. El público se puso en pie nada más verle robar un balón, esperando la gran jugada a la que les había acostumbrado.

¡Y la realizó!

Y además, como su tanto sirvió para empatar el partido, su equipo ganó el primer positivo fuera de casa.

Nuevamente la prensa jaleó su nombre. La radio y la televisión narraron su jugada y los chiquillos —y los que no lo eran— le acosaron por la calle solicitando autógrafos.

La atractiva sonrisa de aquel joven siciliano parecía saludar a todos prendidas las revistas en los kioskos en fila: se comentaba que el presidente del Roma estaba que echaba las muelas.

Pero cuando se puso enfermo del todo fue en la séptima jornada de la Liga, fecha en la que, ¡una vez más! el Roma y el Juventus tenían que dirimir los dos puntos en la misma capital.

El llenazo fue hasta la bandera. Solo la sustanciosa recaudación consoló en parte al señor Parluzzi, que vio su portería «fusilada» por tres veces por el hombre que él no había sabido aprovechar, llevado por sus egoísmos económicos.

¡Y eso en su propio campo!

La verdad fue que, para conseguirlo, Ugo Rocco no paró un solo instante y dejó más de tres kilos de su peso en el campo. No le dieron respiro, pero él tampoco lo concedió. Jugó uno de sus

mejores partidos y los comentaristas estuvieron de acuerdo en ello.

Incluso se dijo que ahora Ugo Rocco estaba más cuajado, había ganado en experiencia y llegaría a rendir mucho más que antes. Sus arrancadas seguían fulminantes, pero las dosificaba mucho mejor, solo aprovechando los momentos más oportunos.

Aquella misma noche, cuando le invitaron a una de las emisoras de radio y le preguntaron cómo había conseguido recuperarse tan pronto, Ugo Rocco dijo:

—¡Con voluntad! Poniendo todo mi empeño en ello.

—Bueno, a veces, aunque uno se empeñe...

—No lo crea, amigo. Nuestras fuerzas sobrepujan casi siempre nuestra voluntad; el presentarnos a la imaginación propia ciertas cosas es solamente una excusa que nos ponemos a nosotros mismos.

Hizo una pausa y quiso rematar:

—Nada hay imposible. Caminos hay que conducen a todo: generalmente, si consiguiésemos voluntad suficiente, encontraríamos siempre los suficientes medios...

—Eso está muy bien, Rocco. ¿Algo más?

—Son ustedes los que preguntan.

—Pues ahí va la última. ¿Cuándo te casas?

—Pronto.

—Fecha.

—Nada más terminar la Liga... Y si quieren una primicia, ahí la tienen... ¡Entonces colgaré las botas!

—¡No... no me digas!

—Así será.

—¡Pe... pero no... no puede ser, Rocco! A tu edad, en pleno triunfe... Cuando más puedes dar a...

—Tranquilícese, hombre. ¡No se hundirá el mundo! —Señoras... señores... No hagan caso a Rocco. ¡Es una de sus bromas! Yo estoy seguro de que reflexionará y... Buenas noches, amigos. Termina nuestro espacio.

Y una vez más, al terminar la Liga, Ugo Rocco cumplió su palabra.

Posiblemente había triunfado hasta en el amor, porque era hombre constante y con fuerza de voluntad...

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN